D. JAIME

EL CONQUISTADOR,

drama histórico en cinco actos y en verso.

POR

D. Patricio de la Escosura,

Vice-presidente primero de la Seccion de Literatura del Liceo Artístico Literario Español.

MADRID, 1838.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

calle del Amor de Dios, número 7.

PERSONAGES.

DON JAIME EL CONQUISTADOR.

DON PONCE HUGO, *Conde de Ampurias.*

DON PEDRO CORONEL, *Mayordomo de Aragon.*

DON BERENGUEL CASTELBISBAL, *Obispo de Gerona.*

EL CARDENAL, *Legado del Papa.*

SANCHO, *Escudero de* DOÑA TERESA.

EL COMENDADOR DE AMPOSTA, *Vicario del Temple.*

DON GUILLEN DE MONCADA.
DON SANCHO ANTILLON.
DON JIMEN DE FOCES.
} *Infanzones de Aragon.*

DOÑA LEONOR DE CASTILLA, *Primera Muger de* DON JAIME.

DOÑA TERESA VIDAURA, *Dama Aragonesa.*

DOÑA VIOLANTE DE HUNGRIA, *Segunda Muger de* DON JAIME.

Dos Reyes de Armas.—*Dos Porteros.*—*Damas.*—*Caballeros.*—*Eclesiásticos.*—*Pajes.*—*Ballesteros.*—*Acompañamiento.*

La escena en Zaragoza y sus inmediaciones, á principios del Siglo XIII.

AL SEÑOR DON LUIS USOZ DEL RIO:

Mi querido amigo: cuando el haberme sugerido tú la idea de poner en escena á D. Jaime I de Aragon, no fuese título bastante para dedicarte este drama, lo sería suficiente la antigua, sincera y estrecha amistad que nos une. Recibe, pues, esta ofrenda de mi cariño, atendiendo mas á la voluntad del que la ofrece, que á la importancia del don.

Aunque esta mi tercera produccion dramática pertenece al género histórico, como las dos que la han precedido, difiere sin embargo de aquellas en tanto, cuanto la experiencia ha ratificado mis principios, y hecho variar por consiguiente mi sistema. Siempre he creido, y creo ahora, que el tipo del drama español debe ir á buscarse en nuestros grandes poetas del siglo XVII: pero la diferencia de épocas exige variaciones importantes; y en cuales y cuantas deban ser estas, estriba para mí toda la dificultad.

Así es que cuando escribí la Corte del *Buen-Retiro* intenté amalgamar el romanticismo de Calderon con el de Dumas y Victor Hugo: el público, indulgente en estremo con el drama, repugnó sin embargo abiertamente todo lo que en él halló de transpirenáico. No he sido indócil á sus lecciones: *Bárbara Blomberg* lo acredita suficientemente. Pero en esta última composicion, confieso que el deseo de evitar exageraciones impuso al pensamiento trabas, que produgeron cierta languidez en todo el poe-

ma. En Don Jaime he procurado evitar ambos estremos, dejando al ingenio seguir la senda que le marcaba la inspiracion del momento.

No estará sin embargo de mas esplicar la razon, así del giro que he dado á este drama, como de las pequeñas alteraciones que de la historia he hecho en él.

D. Jaime el Conquistador, por sus hazañas, por la independencia de su carácter, y por la firmeza de su espíritu, es uno de los mas grandes monarcas que se cuentan en el catálogo de los de Aragon.

Pero sus batallas, asunto escelente para la historia, y para el poema épico, serían presentadas en el teatro, una ridícula paródia. Era menester para darle á conocer en la escena ir á buscarle en su vida privada; y esto es cabalmente lo que yo he practicado.

Su divorcio de Doña Leonor de Castilla, sus amores con Doña Teresa Vidaura, y su casamiento con Doña Violante de Hungría, son hechos que la historia consigna. La intervencion que en este asunto tuvo el desgraciado Obispo de Gerona D. Berenguel Castelbisbal no es menos notoria; pero la atrocidad cometida en su persona cortándole la lengua, me ha parecido demasiado repugnante para el teatro, y como tal la he suprimido.

En cuanto al Cardenal Legado del Papa, á quien presento como agente de una intriga política, y haciendo servir la influencia espiritual de su Corte de instrumento para miras de otra especie: sobre que en efecto es verdad que la Corte romana fué autora del enlace de Don Jaime con Doña Violante, las costumbres del tiempo y el espíritu de aquel siglo, hubieran sido por sí solos autorizacion suficiente para presentar al personage de que trato, en la forma en que lo hago. Y si bien mis principios conservadores me prescriben la ley de no usar del drama para destruir las creencias políticas y religiosas, que son el apoyo y fundamento de la sociedad, tambien donde quiera que veo abusos, me considero obligado á combatirlos. La supremacía del Pontífice en materias espirituales, y las pretensiones de la Curia romana

para ejercer una influencia omnímoda sobre pueblos y monarcas, son dos cosas enteramente distintas: respetando la primera, combatiré la segunda, siempre que la ocasion se me presente, como un principio absurdo y antisocial.

Necesitaba mi drama un fin moral, el castigo de la ambiciosa Doña Teresa llena en mi concepto esta indispensable condicion.

Creo, mi querido amigo, que el escritor que estima en mas su reputacion de hombre honrado, que el aura pasagera de la popularidad de un dia, nunca tomará demasiadas precauciones para ponerse á cubierto de la gravísima acusacion de inmoralidad con que la ligereza de los críticos intenta mas de una vez manchar el nombre de los Poetas. He aquí por lo que he creido necesarias las observaciones que preceden.

Por lo que respecta al mérito literario de esta composicion, el público la juzgará, y yo de antemano me someto y resigno á su fallo. Una sola observacion es la que creo que me es lícito hacer á mis futuros críticos: observacion que se funda en un cargo, que en otra ocasion me han dirigido; á saber, que escribo con demasiada precipitacion. Yo conozco que con esto han intentado disculpar los yerros de mi entendimiento; pero al mismo tiempo que mi corazon les agradece el buen deseo, mi conciencia me prohibe aprovecharme de la ingeniosa disculpa que quieren proporcionarme. Es cierto que la Corte del Buen-Retiro se escribió en quince dias, pero Bárbara Blomberg es obra de meses, y otro tanto le sucede al Don Jaime. Así, pues, podré haber errado en uno y otro; pero el yerro será obra del entendimiento, y nunca de la voluntad.

Si todos mis jueces hubiesen de mirar esta obra con la indulgencia, que estoy seguro encontrará en tí, no hubiera yo creido necesario nada de lo que llevo dicho; pero en el severo tribunal que me aguarda, no creo que parezca inoportuna esta mi anticipada apología.

Repito, mi querido Luis, que quisiera ofrecerte una obra, digna en todos conceptos, de tu ilustrado

juicio; pero tal cual es me lisongeo de que la mirarás con cariño, por ser del compañero de tu infancia, cuya tierna amistad no han podido entibiar hasta ahora, ni entibiarán en lo sucesivo los años ni los acontecimientos.

Siempre tuyo de corazon

Patricio de la Escosura.

ACTO PRIMERO.

Tocador de la Reina.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. DOÑA TERESA. DAMAS.

Leo. Ponedme bien el prendido:
dejad vos, Doña Teresa,
no quiero que me toqueis.
Ter. Como mande Vuestra Alteza.
Leo. Teneis mano desdichada.
Ter. Culpa será de mi estrella.
Leo. (*Aparte.*) Cuando no de la intencion
que no la tengo por buena.
Ahuecad ese brial. (*A una Dama.*)
Ter. Bella estais, Señora Reina.
Leo. Cuando vos me lo decís
no debo de estar muy fea.
Ter. Dias hay, Señora mia,
que estais por demas severa.
Leo. ¿Y la Reina de Aragon
á quién tiene que dar cuentas?
¿Quién ha de ser tan osado
que ponga freno á su lengua?
Ter. Hablar podeis á placer.
Leo. ¿Vos me dais vuestra licencia?
Os olvidais de quien sois....
Ter. Una Dama solariega
de la casa de Vidaura
que á nadie cede en nobleza.
Leo. Y una Dama que en la Corte
se tiene por la mas bella:
soberana en los torneos,

y que tan alto se eleva
con el loco pensamiento....
Ter. Quede con Dios, Vuestra Alteza.
Leo. Me habeis de escuchar por Dios.
Ter. No jureis.... Con vuestra venia.
Leo. He dicho que me escucheis,
y es razon se me obedezca;
que, despues del Rey, aquí
soy, Vidaura, la primera.
Ter. Vuestra Alteza está enojada,
no sé que razon se tenga.
Leo. ¿No conoceis de mi enojo
la ocasion, Doña Teresa?
Ter. Si es conmigo, con dejaros
cesará vuestra querella.
Señora soy en mi casa
si aquí vuestra Camarera.
Leo. No os ireis.... Dejadnos solas. (*A las Damas que se vdn.*)
No está bien una doncella,
sin quien la guarde en su casa,
y mas con tanta belleza.
Ter. La doncella está segura;
si como hermosa es honesta,
demas, Señora, que á vos
aunque cierto sois mi Reina,
no dejó en su testamento
mi buen padre mi tutela.
Enójanle mis servicios
hace dias á Su Alteza,
cada acento que profiero
lo escucha como blasfemia;
las sinrazones que sufro
ya, Señora, al colmo llegan.
Guárdeos Dios de todo mal,
otorgad vuestra licencia....
Sufrir mas no le está bien
á muger de mi nobleza.
Leo. Os he dejado decir
á placer, Doña Teresa;
mas lo noble de la sangre
no os servirá de defensa,

que en el que hereda blasones
es la culpa doble afrenta.
Ter. ¿Qué decís, Doña Leonor....
Leo. No interrumpais á la Reina,
que sois hija de vasallo....
Ter. Sí, Señora, mas no sierva,
y poner duda en mi honra
ni á vos misma lo sufriera.
Leo. Altiva sois por demas,
irascible aragonesa,
y en serlo tanto conmigo
no andais, á mi ver, muy cuerda.
Debiérais tener presente
que huérfana os recogiera,
que en Palacio habeis vivido,
que os he sentado á mi mesa.
Ter. Me recogísteis á mí,
me sacásteis de mis tierras;
soy Señora de vasallos,
no vivo á merced agena.
Leo. La que niega el beneficio
muy mal pagará la deuda.
Ter. Yo no tengo otra con vos....
Leo. Tened á raya la lengua,
que á sufrir vuestra osadía
no basta ya mi paciencia.
Ter. En fin, ¿qué quiere de mí
podrá decirme Su Alteza?
Leo. No está bien que yo lo diga,
y quiero que se me entienda.
Ter. Para adivinar enigmas,
Señora, no soy profeta.
Leo. Bien sabeis vos lo que haceis.
Ter. Nada que hacer no convenga
á una muger como yo.
Leo. Ancha teneis la conciencia.
Ter. Señora!!!
Leo. No digo nada
que á la verdad no merezca.
Ter. Es verdad que lo escuché:
yo no sueño; estoy despierta.
Tengo sangre de Vidaura,

y sobrevivo á mi afrenta.
Leo. Valdrále mas que ese orgullo
en temor de Dios convierta;
y que implore su perdon,
que tal vez se lo conceda.
Pero advierta si á mi voz
rebelde el ánimo cierra,
que á mí no ha de cautivarme
su tan preciada belleza;
y no olvide que Don Jaime
aunque ciñe la diadema,
parte su trono conmigo
que soy su esposa, y la Reina. (*Váse.*)

ESCENA II.

DOÑA TERESA.

Eres su esposa.... es verdad,
la Reina.... tambien es cierto,
pero tiembla, te lo advierto,
mi ofendida vanidad.
No te engañe la pasion:
no así provoques mi encono;
que tener delante un trono
es muy fuerte tentacion.
Un trono!.... tanto esplendor!
Todo Aragon á mis pies,
y escuchar:—«la esposa es
de Jaime el Conquistador!"
En vida fausto y riqueza,
y muriendo alto renombre,
¿quién habrá que no se asombre
del poder de mi belleza?
Mal, Infanta de Castilla,
hicísteis en provocarme,
que he de probar por vengarme
á quitaros vuestra silla.

ESCENA III.

DOÑA TERESA. DON JAIME.

Jai. Claro este dia, Señora,
para mí á lucir empieza
mostrando vuestra belleza
al corazon que os adora.
Ter. Vuestra Alteza á su consorte
engañado piensa hablar.
Jai. ¿Quién os puede equivocar
con otra á vos en mi Corte?
Confundiros con Leonor!
¿Ignoro yo por ventura
que envidian vuestra hermosura
los ángeles del Señor?
Ter. Muy galan estais, el Rey.
Jai. De vos solo soy vasallo.
Ter. Señor, mas vale dejallo,
que ese amor es contra ley.
Jai. En amar no hay eleccion,
sino fuerza del destino:
por voluntad no me inclino
que me arrastra el corazon.
Ter. Respetad vuestra coyunda.
Jai. ¿Y qué importa?
Ter. Gran Señor,
yo soy noble.
Jai. ¿El desamor
en eso solo se funda?
Ter. No está bien que una doncella
escuche pláticas tales.
Otras menos principales
atiendan vuestra querella.
Jai. ¿Juzgáisme vos tan liviano
que á cualquiera rinda el cuello
como á vos que sois destello
del alto Dios soberano?
Os engañais por mi vida,
que vos fuísteis la primera
y habeis de ser la postrera
muger de Jaime querida.

Ter. ¿Pero, y la Reina, Señor?
Con ella casado estais.
Jai. En eso no os engañais;
pero no tiene mi amor.
Ter. Mas lo debiera tener.
Jai. Amar por obligacion!
Ter. Eso manda la razon.
Jai. Y es imposible de hacer.
Apenas de doce años,
casado en Castilla fuí,
pensando evitar así
mis vasallos muchos daños.
Amé á Leonor como hermana,
que en aquella tierna edad
no puede amor en verdad
rendir el alma lozana.
Si hermosura he visto en vos
con ingenio peregrino,
mas es culpa del destino
que de alguno de los dos.
Que os ame quiere mi estrella,
que de no quererlo así,
ni me hiciera tierno á mí
ni á vos, Señora, tan bella.
Ter. Debiera el Rey por lo menos,
si no escucha la virtud,
pensar que á mí la quietud
me cuestan yerros agenos.
Jai. ¿La quietud os turbo yo?
¿Decís, Señora, verdad?
Ter. Sí, Señor.
Jai. Pues acabad:
¿Luego me amais?
Ter. Eso no.
Que si llego yo á querer,
tened, Señor, entendido,
que al que fuere mi marido
solamente podrá ser.
Ese amor que me mostrais
lo miro como un baldon,
que sobra con la intencion
para que á mí me ofendais.

Guardad vuestros amoríos
para la Reina no mas:
ni espereis de mí jamas
que escuche esos desvaríos.
Jai. Mirad si es fuerza de estrella
nueva red amor me tiende;
cuando el enojo os enciende
me pareceis muy mas bella.
Ter. Será bien que se termine
de una vez esta contienda,
y que Vuestra Alteza entienda
no hay que esperar que decline.....
Jai. Ni os lo pido yo tampoco;
que á un tiempo adoro y venero,
Teresa; y soy caballero
aunque amor me tiene loco.
Ter. ¿Y qué pretendeis, Señor?
Jai. Tanto en hablar os ofendo!
Que escucheis solo pretendo
las quejas de mi dolor.
Ter. Ni las quejas están bien
en un Rey tan animoso.
Jai. Si he nacido poderoso,
hombre he nacido tambien.
Ter. Basta, Señor; que no es justo,
os lo vuelvo á repetir,
que ni vos podais decir
que escucho amores con gusto.
Don Jaime sois de Aragon,
de toda España temido,
pero sin ser mi marido
no tendreis mi corazon.
Jai. ¿Habeis de ser tan cruel
que me quiteis la esperanza?
Ter. Ninguna á mí se me alcanza.
Leo. (*Al paño.*) Aquí con ella el infiel!
Jai. (*Con pasion tomando una mano á Doña Teresa.*)
Partiré con vos mi silla
si otorgais una mirada.
Leo. (*Presentándose : bajo al Rey.*)
No hareis tal, que está ocupada
por la Infanta de Castilla.

ESCENA IV.

DOÑA TERESA. D. JAIME. DOÑA LEONOR.

Doña Leo. (*Bajo al Rey.*) Así, D. Jaime, pagais
á quien os ama constante....
Jai. (*Saludando.*) Para un negocio importante
será bien que permitais....
Leo. Cuando ya no por amor
debiérais por cortesía
escuchar la queja mia. (*La Reina hace seña á Doña Teresa para que se retire, y ésta lo verifica, aunque con disgusto, mirándola con insolencia, y recibiendo de ella una mirada de desprecio.*)
Jai. Está bien, Doña Leonor.

ESCENA V.

D. JAIME. DOÑA LEONOR.

Jai. ¿Teneis quejas vos de mí?
en que las fundais ignoro.
¿De qué proviene ese lloro?
Leo. Proviene de lo que ví.
Jai. ¿Y qué habeis podido ver?
Leo. Os ví tomar una mano.
Jai. ¿Y porque soy soberano,
galante no puedo ser?
Dejad por Dios esos zelos.
Leo. No son zelos, evidencias.
Jai. Dejad tambien las sentencias.
Leo. ¿Esos son vuestros consuelos?
Ya no puedo mas sufrir,
Don Jaime, vuestro desvío,
las penas del pecho mio
las quiero al menos decir.
Jai. Fantasmas imaginais,
que de entrambos son tormento.
Leo. ¿Y de las penas que siento
así cruel os burlais?

Fantasmas decís que son,
y yo misma os estoy viendo
el cuello altivo rindiendo
á una adúltera pasion.
¿A quien siempre en los torneos
el premio, Jaime, ofreceis?
Aquí en la Corte atendeis
de una sola á los deseos.
Una sola, ¿y quién es esa?
No es vuestra esposa Leonor,
que nadie os inspira amor,
á no ser Doña Teresa.

Jai. No direis que no os escucho
con admirable paciencia.

Leo. Como os habla la conciencia,
que á mí me escucheis no es mucho.

Jai. Si no teneis que decirme
cosa ya que mas importe.... (*Hace que se vá.*)

Leo. (*Deteniéndole.*) Quiero que deje la Corte...
(*D. Jaime insiste en irse, Doña Leonor le detiene.*)
Esperad, que habeis de oirme.

Jai. Señora, estais tan á espacio.

Leo. Salga, Señor, salga luego
la muger que os tiene ciego....

Jai. Ella saldrá de Palacio.

Leo. De la Corte ha de salir.

Jai. ¿A algun lejano destierro?

Leo. No, Señor, para un encierro.

Jai. No lo habeis de conseguir.
Por no causaros enojo
está bien salga de aquí,
pero encerrarla, de mí
no lo espere vuestro antojo.

Leo. ¿Así me tratais por ella?

Jai. La destierro, y os quejais....

Leo. ¿Por qué no la castigais?

Jai. ¿De cuál culpa? De ser bella?
Vos andais, Leonor, muy ciega,
os fuera mejor callar;
que á veces logra el llorar
lo que á las quejas niega.

Leo. Don Jaime, ¿qué me decís?

Jai. Que os quejais con demasía,
y quereis que llegue dia
en que tal vez....
Leo. ¿Presumís
que tolerarlo pudiera?
Os engañais por mi vida,
ya que no amada, temida
he de ser por vos siquiera.
Jai. Mirad, Leonor, lo que haceis,
que soy el Conquistador.
Leo. ¿Qué ha de hacer vuestro furor?
Jai. Os advierto que os perdeis:
hasta el destierro revoco.
Leo. Yo la pondré en un convento.
Jai. No lo hareis.
Leo. En el momento.
Jai. Leonor, Leonor, poco á poco.
Leo. Ella ó yo: no hay vacilar;
y yo no puedo salir....
Jai. Si yo os llegára á decir
que os pudiérais engañar....
Leo. El engañado sois vos
si olvidais que estais casado;
y para siempre ligado,
que lo jurásteis á Dios.
Jai. ¿Quereis que olvide esta historia?
Dadla vos misma al olvido.
Leo. Conceded lo que he pedido
y renuncio á su memoria.
Jai. Os he dicho ya que no,
Leonor, es cosa terrible.
Leo. ¿Vos no quereis inflexible?
Pues sabed que lo haré yo.
Jai. Nadie manda lo que el Rey
ha llegado á prohibir.
Para el que osa resistir
castigos tiene la ley.
Leo. ¿Para la Reina castigo?
Jai. No esteis, Señora, tan vana,
hoy reinais.... Tal vez mañana....
Leo. ¿Qué decís?
Jai. Sé lo que digo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LA REINA DOÑA LEONOR.

¿Así pensais que se humilla
á la Reina de Aragon?
Pues ella, obrando en razon,
no teme vuestra cuchilla. (*Llegándose á la puerta y llamando.*)
Una dama.—Vive el cielo, (*Vuelve al proscenio.*)
que me habeis de conocer. (*Sale la Dama.*)
Á Teresa quiero ver, (*Váse la Dama.*)
yo sabré atajarle el vuelo. (*Siéntase.—A muy breve espacio sale Doña Teresa, y se queda al estremo opuesto.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. DOÑA TERESA.

Leo. Teresa Vidaura,
la noble, la bella,
la fúlgida estrella
de todo Aragon:
á vos de hermosura
milagro increible,
ha poco, terrible
traté sin razon.
Ter. Lisonjas, Señora,
Teresa no os pide;
que ofensas olvide
podreis conseguir;
pues dice, mi Reina,
que erró vuestro labio,
no debo á mi agravio
mas cura pedir.
Leo. ¿Estais satisfecha?
Ter. ¿Pudiera no estarlo?
Lo estoy.
Leo. En lograrlo
gran dicha alcancé.

Mas como al enojo
tal vez soy propensa,
de nuevo la ofensa
no sé si os haré.
Ter. La Reina se burla
segun se está viendo.
Leo. Me vais comprendiendo:
de burlas estoy.
Ter. Si burlas no fuesen....
Leo. Llegáran á veras,
y tú las sufrieras,
á fé de quien soy.
Ter. Pudiera engañarse
la Reina.
Leo. No puede.
Tu orgullo ya escede
de noble pasion.
Y no que la causa
no alcanzo presumas,
ya sé con que plumas
voló tu ambicion....
La lengua no muevas,
la Reina está hablando;
escucha, temblando,
Teresa, hasta el fin.
Mi voz te parezca
el grito severo
que el dia postrero
dará el Querubin.
Muger de artificios,
criada traidora,
á mí, tu Señora,
¿me vendes infiel?
¿Conoces tu crímen?
¿Alcanzas la pena?
¿Y aun alzas serena
la frente cruel?
No mas tolerarte,
no mas: llegó el dia.
Sufrirte sería
ya mas que baldon.
No ultraje estos muros

tu aliento precito.
No mas, te repito,
serán tu mansion. (*Llégase á la puerta.*)
Mis pajes—Teresa!
temblad no me enoje. (*Salen dos pajes.*)
(*A los pajes*) De aquí se la arroje,
si tarda en salir. (*Teresa quiere hablar, la Reina se lo impide.*)
Pensar aplacarme
es vana esperanza.
Ter. (*Yéndose.*) Entonces venganza,
Leonor, ó morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Castillo de Doña Teresa á media legua de Zaragoza.
Salon gótico con adornos y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TERESA *sentada, apoyada la cabeza en una mano.—Preocupada, pero no abatida.* — DON PEDRO CORONEL.

Ped. ¿No me respondeis, Señora?
Ved que es del Rey el mensaje;
y Don Pedro Coronel,
su mayordomo, le trae.
Ter. A estarme bien yo os prometo
que diera en respuesta un guante,
que mancillar á un Vidaura
no lo puede ni Don Jaime.
Ped. Muy sentida estais, Señora,
y no lo merece el lance....
Ter. (*Levantándose indignada.*)
Don Pedro, vos olvidais
quien ha sido mi buen padre.
Ped. Recuerdo, Doña Teresa,
y estimo vuestro linaje:
pero en fin, lo que os sucede
no hay porque tanto os agravie.
Erais ayer Camarera;
si hoy no lo sois, no os espante,
que es la fortuna de Corte
mas que todas variable.
Ter. ¡Camarera! sí, lo fuí:
tengo de ello que acusarme,
que teniendo yo vasallos
no debí....

Ped. Teresa, baste:
que toca ya en desleal
vuestro atrevido lenguage.
Señora sois de vasallos,
ni el Rey lo ignora, ni nadie;
mas sois vasalla tambien
y lo sois de un Rey tan grande....
Ter. ¿Os hizo de sus hazañas
coronista el gran Don Jaime?
Ped. Hízome por obediencia
venir á vos con mensage.
El Rey, Señora, os lo dije,
sin que respuesta lograse,
quiere asistais en su Corte.
Ter. ¿Para qué? ¿para ultrajarme?
Ped. Cuales sean sus intentos
preguntadlo al Rey, si os place;
con deciros sus palabras
por mi parte hice bastante.
Ter. Y aun sobrado me parece.
Volver podeis á buscarle.
Ped. ¡Cómo! ¿sin respuesta alguna?
Señora, ved no se canse
de sufrir vuestras locuras
y su cólera descargue.
Ter. ¿Una respuesta quereis?
Pues esta mia llevadle,
y repetid mis palabras
una por una á Don Jaime.
Despidióme de Palacio
la Reina, Dios se lo pague,
que mugeres como yo
no deben servir á nadie:
librarme de que la vea,
merced ha sido y muy grande;
pero ultrage ha sido el modo,
y no puedo perdonarle.
Decid al Rey, que á la Corte
en llamarme no se canse.
Donde esté Doña Leonor
que no me espere Don Jaime.
Ped. ¿Eso al Rey he de decir?

Ter. Si os parece que lo aclare....
Ped. No, por Dios, pero quisiera....
Ter. Os cansais, Don Pedro, en valde.
Ped. No dejeis que al precipicio
vuestra cólera os arrastre.
Ter. Os agradezco el consejo,
mas no puedo ya tomarle.
Llevad, llevad la respuesta
al Rey de vuestro mensage.
Ped. (*Yéndose y saludando.*)
Puesto que así lo quereis....
el cielo, Señora, os guarde.
Ter. Al Rey de cuanto os he dicho
nada el respeto disfrace. (*Váse Don Pedro.*)

ESCENA II.

DOÑA TERESA.

Mas bravo que cortesano
eres Pedro Coronel,
la cólera que te asusta
es la que quiero encender.
No hay medio, Doña Teresa,
ó el hábito ó el laurel:
ó morir en la demanda
ó el trono bajo mis pies.
No son, Jaime, para Damas
mugeres de mi valer;
partirás conmigo el cetro,
ó nunca tuya seré.

ESCENA III.

DOÑA TERESA. SANCHO, *con botas y espuelas.*

Ter. Venid en buen hora, Sancho:
no tardásteis mucho á fé.
San. Encargásteisme, Señora,
la diligencia.
Ter. Está bien.
¿Hablásteis con el Obispo?

San. Vuestras cartas le entregué;
regaba el santo varon
con lágrimas el papel.
Ter. ¿Dió respuesta?
San. De palabra.
No me quiso detener.
«Aunque anciano y achacoso,
me dijo, no tardaré
en ver á Doña Teresa.
Al mayordomo prevén
tú mismo, ensillen mi mula,
la distancia corta es....
Ter. En fin, que viene al momento.
San. Como en tres horas esté....
Ter. ¿En media legua tres horas?
San. Tienen de plomo los pies
los Obispos....
Ter. ¿Y la Corte?
San. Es la torre de Babél.
Desde anoche que faltais
todos preguntan por qué.
Ter. ¿Y qué dicen?
San. Desatinos
y mentiras á placer.
Lo que hay de cierto, Señora,
es que desde anoche al Rey
no le ha visto otra persona
que Don Pedro Coronel.
La Reina se está encerrada
en su cámara tambien,
quieren decir que llorando,
mas yo en verdad no lo sé.
Ter. ¿No hay mas?
San. Por Dios lo olvidaba:
y fuera cosa de ver.
Llegó un Legado del Papa,
nadie sabe para qué.
Dicen unos que es cruzada,
que el Rey va á Jerusalen,
para Granada los otros.
Este á Valencia, otro á Fez....
Esto corre por el vulgo,

los nobles dicen que el Rey,
las causas por que ha venido
el que sabe solo es.
Añaden que él lo ha pedido,
no para asuntos de fé....
Ter. ¿Y con qué objeto no esplican?
San. No lo he llegado á entender.
Ter. Vete, Sancho.
San. Para veros,
y de decirlo olvidé,
espera vuestra licencia
un caballero.
Ter. Dí quién.
San. Señora, el Conde de Ampurias.
Ter. ¿Y le has hecho detener?
venga al punto, no te tardes.
San. Voy, Señora, volaré. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA TERESA. EL CONDE DE AMPURIAS.

Ter. Os debo escusas, Señor,
de haberos hecho esperar.
Cond. Lo que perdí en el tardar
lo gano en ese favor.
Ter. Conde, tomad una silla (*El Conde despues de saludar se sienta.*)
Qué mandais decid ahora.
Cond. Tiemblo esplicarme, Señora.
Ter. Temblar vos es maravilla.
Cond. Jamas la lanza enemiga
me hizo, Señora, temblar,
que Dios me quiso ayudar,
y es muy fuerte mi loriga.
Mas al rayo abrasador
de vuestros ojos divinos
á esos rasgos peregrinos
que envidiára el mismo amor....
Ter. Conde, Conde, delirais....
Cond. De amor, Señora, deliro.
Ter. ¿Ningun respeto os inspiro?

Cond. No hay para que os ofendais.
Mi mano os vengo á ofrecer,
mis estados, mis vasallos,
venid, pues, á gobernallos
á vuestro solo placer.
Feudatario soy, mas puedo
como el Rey batir moneda,
si otro aquí mas noble queda,
al punto el campo le cedo:
que aunque loco estoy, Señora,
aunque sin vos moriré:
cosa que bien no os esté
no intenta quien os adora.
Ter. De tan súbita pasion....
Cond. Os amo desde que os ví,
desde entonces estais, sí,
grabada en el corazon.
Pero en la Corte os miraba,
y en el colmo del favor,
y declararos mi amor
siempre el alma recelaba.
Ter. Yo agradezco....
Cond. ¡Agradecer!
Ter. Cuando agradece una dama....
Cond. Eso no basta á la llama
que ha llegado aquí á prender.
Ter. Escuchad: costumbre es ley;
las mugeres de mi estado,
en Aragon no han casado
sino por mano del Rey.
Cond. ¿Y vos no diréis que no?
Ter. Si el Rey lo quiere, consiento.
Cond. (*De rodillas, besándole una mano.*)
¡Oh venturoso momento! (*Sancho apresuradamente en la puerta del foro, el Rey le sigue y vé al Conde levantarse.*)
San. El Rey. (*Váse.*)
Ter. ¡Don Jaime!
Jai. (*Apareciendo.*) Sí, yo....

ESCENA V.

DON JAIME *con botas y espuelas, cubierto de polvo.*
DOÑA TERESA.—EL CONDE DE AMPURIAS.

Jai. De la amorosa plática, Señora,
pésame á la verdad romper el hilo.
Ter. El Conde, gran Señor, me hablaba ahora.
Cond. Estaba suplicando....
Jai. Conde, vílo.
Cond. No ha de quedar sospecha á Vuestra Alteza.
Jai. A los pies de esta dama he visto á un hombre.
Ter. ¡Como, Señor! dudar de mi pureza!
Cond. Mi mano le ofrecia con mi nombre.
Jai. ¿Y ella aceptó?
Ter. Si vos venís en ello.
Cond. Otorgad pues, Señor, vuestra licencia.
Jai. (*Aparte, conteniéndose con dificultad.*)
No sé como en el muro no le estrello. (*Haciéndole seña para que se retire.*)
Lo pensaré despues: tened paciencia.
Cond. (*Aparte.*) Vive Dios que no sé si me reporte.
Jai. (*Bajo á Doña Teresa.*)
Un amante, Teresa!
Ter. Mi decoro!
Jai. (*Al Conde.*)
Mañana, Conde, os hablaré en la Corte.
Cond. (*Con altivez mal disfrazada.*)
Por que aquí no ha de ser, Señor, ignoro.
Ter. (*Pasando rápidamente por el lado del Conde, y bajo á él.*)
Cordura, si me amais.
Jai. Sois impaciente!
Amante sois y en suma no lo estraño;
mas debo yo de ser cauto y prudente,
que hago oficios de padre.
Cond. Ningun daño
temerá de este enlace Vuestra Alteza,
que me falta en verdad merecimiento,
mas me sobran blasones y riqueza
para lograr tan noble casamiento.

Jai. Vive Dios, Catalan, mal domeñado....
Cond. ¿A un infanzon tratais de mi valía?
Ter. (*Al Con.*) Que os perdeis. (*A D. Jai.*) Por piedad!
Jai. (*Aparte á Doña Teresa.*) Como es amado
imprudente mi enojo desafía.
(*Al Conde.*)
Salid de aquí, Don Ponce, sin demora,
y la Corte tambien dejad hoy mismo.
Cond. ¿Me desterrais á mí?
Jai. Marchad, y ahora.
Cond. Antes un rayo me hundirá al abismo.
Jai. Desleal á su Rey....
Ter. Señor, delira:
no le escucheis por Dios.... callad el Conde.
Jai. (*Bajo á Doña Teresa.*)
El amor que ese pérfido os inspira,
muy mal, Teresa, vuestro pecho esconde.
Cond. Renuncio á vuestras tierras y obediencia,
de hoy mas ya no he de ser vuestro vasallo.
Lo que me niega aquí vuestra violencia
con mi lanza, Don Jaime, he de ganallo. (*Váse.*)
Jai. (*Empuñando.*)
Aguarda desleal, prueba mi acero.
Ter. (*Deteniéndole.*)
Don Jaime, mi Señor.
Jai. (*Intentando desasirse.*) Él es tu amante.
Ter. (*Siempre deteniéndole.*)
¿Y le amo yo?
Jai. Tal vez: saberlo quiero.
Ter. ¿Enviárosle á vos no fué bastante? (*Con ternura.—Ademan de placer en el Rey.*)

ESCENA VI.

DICHOS. SANCHO *precediendo al Legado del Papa, á quien acompañan pajes, y otros eclesiásticos que se retiran desde la puerta.*

San. (*Dentro.*) Plaza al Señor Cardenal. (*Entra y se coloca en el fondo.*)
Jai. (*A Teresa.*) Yo os hablaré antes de irme.
Leg. Cumpliendo de Vuestra Alteza,

Señor, las órdenes, vine....
Jai. Los preceptos de la Iglesia
yo soy quien espera humilde.
Urge el tiempo, en otra estancia
si esta dama lo permite....
Ter. Al vasallo que es leal
nunca permiso le pide
el Rey para hacer su gusto.
Jai. (*Bajo á ella.*) Que el esclavo solicite....
Ter. (*Señalando una de las puertas laterales.*)
Allí puede Vuestra Alteza....
Jai. Señor Cardenal, seguidme. (*Entra el Cardenal y el Rey por la puerta que señaló Doña Teresa.*)

ESCENA VII.

DOÑA TERESA. SANCHO.

Ter. Y tú, Sancho, ven conmigo,
y á cabalgar te apercibe
que á Zaragoza has de ir.
San. Otro viage; ¡es posible!
Ter. Un mensage has de llevar,
que mis congojas termine. (*Vánse por el lado opuesto á la puerta porque entraron el Rey y el Cardenal.—Don Pedro Coronel y el Obispo de Gerona entran por el foro.*)

ESCENA VIII.

EL OBISPO DE GERONA. DON PEDRO CORONEL.

Ped. Honrado está este castillo
con Prelado tan insigne.
Obis. Lisonjas, Señor Don Pedro,
en la Iglesia no se admiten:
la casa de los Vidauras
honra siempre á quien recibe.
Mas permitid que de veros
en este sitio me admire,
pues viniendo á consolar
á quien la Corte despide,

mas que de lágrimas hallo
apariencias de festines.
De pages y de escuderos
antecámara no hay libre.
Los colores de Don Jaime,
unos contemplo que visten,
y al lado de sus blasones,
de Aragon preciados timbres,
las llaves del pescador
que á los siervos de Dios sirve.
¿Repele á Doña Teresa
la Corte acaso, ó la sigue?
Ped. Responder á esa pregunta
no podrá quien no adivine,
porque el viento del favor
sin leyes ciertas se rige.
Obis. ¿Mas en fin, porque aquí estais,
podeis, Don Pedro, decirme?
Ped. Porque sirvo á mi Señor.
Obis. Luego el Rey....
Ped. Consuela al triste;
y vos llegais algo tarde
para que en nada se alivie.
Obis. ¿Aquí Su Alteza ha venido?
Ped. Su cetrería le sigue,
que la caza....
Obis. ¿Por pretesto?
Ped. ¡Por pretesto!—No lo dije;
ni lo pensé, porque nunca
cuando el Rey no me lo dice,
presumo que sus intentos
adivinar me permite.
Obis. Pero ¿y las armas de Roma?
Ped. Del Legado.
Obis. ¿Y qué, le sigue
tambien á caza el Legado?
Ped. Aquí entraba cuando vine,
que yo al Rey no acompañé
cuando salió.—Es muy posible
que aquí espere sin testigos
lograr mas presto sus fines.
Obis. ¿Usar en cosas de Iglesia

de tan profanos ardides?
Ped. Yo respeto á vuestra madre,
y á sus ministros humilde,
pero las cosas de Corte
de otra manera se miden.
Obis. Nadie sabe del Legado
la mision.
Ped. La gente dice
que pretende que Don Jaime
en la Cruzada se aliste.
Obis. Cruzada! Santo designio!
Ped. Santo en verdad! mientras gime
media España bajo el yugo
del musulman inflexible,
¿será bien que sus soldados
en la ardiente Siria lidien?
Granada no está muy lejos,
Valencia en nuestros confines....
Obis. Hablillas del vulgo son,
y como tales se miren.
Ped. La nobleza de estos reinos
en la fé de Cristo vive,
por ella toda su sangre
dará con ánimo firme;
mas mientras solo un Alarbe
la arena española pise,
no esperen que en otras playas
la pujante lanza enristre.
Y á un prelado, que del Rey
de continuo al lado asiste,
al Obispo de Gerona
que su conciencia dirige,
no está demas que mi celo
la contingencia le avise.
Obis. El Obispo de Gerona
siempre consejos admite.
A Su Alteza, si gustais,
que aquí estoy podeis decirle.
Ped. Vedle aquí con el Legado.
Lo que os dije no se olvide.

ESCENA IX.

EL OBISPO DE GERONA. D. PEDRO CORONEL. EL LEGADO *y* D. JAIME *acompañándole.*

Leg. (*A la puerta de la cámara.*)
No prosiga Vuestra Alteza
si no quiere confundirme.
Jai. Hasta veros á caballo
no espereis que me retire.
Leg. Tan cortés como valiente:
digno en todo de su estirpe.
(*Dirígense á la puerta del foro. — El Obispo y D. Pedro Coronel saludan. — El Rey y el Legado se detienen.*)
Obis. La paz del Señor con vos.
Jai. Que os encuentre aquí permite
cuando en vos pensando estaba.
(*Al Legado señalando al Obispo.*)
Mi confesor, el que os dije:
en letras y en santidad
vereis que es varon insigne.
Obis. Vuestra Alteza puede siempre
contar con su siervo humilde.
Jai. El Legado no os ha visto
á vos que sois la mas firme
columna de nuestra Iglesia.
Obis. No mas, Señor, permitidme:
el Cardenal me dispense
si no salí á recibirle,
que ignoraba su venida.
Leg. Llegar incógnito quise
por razones que muy presto
sin duda á vos se confien.
Jai. No retardemos, por Dios,
lo que puede concluirse. (*Aparte al Legado.*)
Cardenal, con mas secreto
podeis aquí mismo oirle.
Leg. Negocio, Señor, tan grave....
Jai. Es fuerza que se termine.
Yo ayudaré á la Cruzada,
que es lo que el Papa me pide.

Leg. Y él en nombre del Señor
vuestra corona bendice.
Jai. Está bien, pero no basta
su bendicion á mis fines.
Ya sabeis mis condiciones. (*El Rey va conduciendo al Cardenal á la puerta de la cámara, y al llegar á este verso le saluda y hace entrar por ella.*)
Jai. (*Al Obispo.*) D. Berenguel, vos oidme:
al Legado que os espera
yo de Roma venir hice:
consultar quiere con vos:
que es mi vasallo no olvide
el Obispo de Gerona,
y sepa diestro servirme. (*Hácele seña para que siga al Legado, y así lo ejecuta saludando.*)
Mayordomo de Aragon,
á la Corte se prohibe
vuelva page ni escudero
de cuantos con vos me siguen;
en vuestro celo descanso,
que se hará cuanto previne. (*D. Jaime entra donde lo hicieron el Legado y el Obispo.*)

ESCENA X.

D. PEDRO CORONEL.

Vive Dios que me confundo
con tanto estraño suceso,
ó el Rey ha perdido el seso:
ó á trastornarse va el mundo.
Que á una dama venga á ver,
bien: lo comprende cualquiera;
que el Legado le siguiera
tambien se puede entender:
Pero hacer concilio aquí
y olvidarse de la dama,
ó locura, ó tal se llama,
ó me falta el juicio á mí. (*D. Pedro sale por la puerta del foro, y al mismo tiempo entra Doña Teresa, seguida de Sancho. D. Pedro y Doña Teresa se saludan.*)

ESCENA XI.

DOÑA TERESA. SANCHO.

San. Escudero mas andante
no se encuentra sin trabajo.
Ter. Poco á poco: habla mas bajo.
¿Con que vendrá?
San. En el instante.
Salió todo cual se dice,
Señora, á pedir de boca.
Ter. Estará de zelos loca.
San. Hecha un tigre la infelice.
De las vísperas salia
cuando el papel la entregué.
Ter. ¿Y vendrá?
San. Si la dejé,
Señora, que ya venia.
Ter. (*Para sí.*) Hoy Reina, mañana nó.
San. ¿Y quién me defiende á mí?
en sabiendo el Rey que fuí...
Ter. La Reina.
San. ¡La Reina!
Ler. Yo.
San. La Reina me ha de salvar,
y luego decís que vos....
Ter. Está bien: véte con Dios,
y no dejes de avisar.

ESCENA XII.

DOÑA TERESA.

Ya sabe que está aquí el Rey
y yo soy quien se lo avisa;
ella obedece sumisa
de mis intentos la ley.
Vendrá furiosa, demente,
acusando hasta los cielos.
¿Y logrará con sus zelos...?
mi triunfo mas brevemente.

ESCENA XIII.

DICHA. SANCHO.

San. Apeóse en el zaguan.
Ter. Libre el paso: venga al punto.
San. (*Aparte yéndose.*) Embrollado está el asunto,
mas ellas se compondrán. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

(*Así que sale Sancho Doña Leonor aparece en la puerta con D. Pedro Coronel confuso y azorado.*

Damas que se retiran desde la puerta.)

DOÑA TERESA. DOÑA LEONOR. D. PEDRO CORONEL.

Leo. (*A D. Pedro.*) ¿Negármelo pretendeis?
Ped. Yo, Señora, (*Aparte.*) fuerte apuro!
Leo. El Rey está aquí, D. Pedro,
yo quiero verle.
Ped. Es muy justo.
Ter. (*Con aparente respeto.*) Tantas honras en un dia!
Merecerlas no presumo.
Leo. (*Volviéndole la espalda, y se dirige á D. Pedro.*)
Os digo que quiero verle
sin que se tarde un minuto.
Ter. Tome asiento Vuestra Alteza.
Leo. Avisarle al Rey al punto.
Ter. Hoy sois huéspeda en mi casa,
olvidemos los disgustos.
Ped. (*A Teresa.*) Hablando estais con la Reina.
Ter. La Reina! yo no la injurio.
Leo. Llamad, llamad á Don Jaime,
á él solo es á quien acuso.
Ped. Silencio, Doña Teresa. (*A Doña Leonor.*)
No atendais á sus discursos.
(*Aparte.*) Avisar al Rey conviene.
Estos son dos tigres juntos. (*Don Pedro vá á salir, y se encuentra con Don Jaime.*)

ESCENA XV.

DICHOS. DON JAIME, *apresuradamente*.

Jai. (*Bajo á la Reina.*) ¿Aquí estais, Señora, vos?
¿Con qué licencia si os place?
¿Qué me quereis, vive Dios?
¿Quién así venir os hace
en perjuicio de los dos?
Ter. (*Aparte.*) Hora empieza mi venganza.
Leo. Os vengo á buscar aquí....
Jai. ¿Para qué? ¿con qué esperanza?
Leo. (*Bajo con ternura á Don Jaime.*)
¿Así me tratais, así?
Ella solo todo alcanza.
Jai. Callad, y volved ahora
á la Corte.
Leo. No me vuelvo.
Jai. Mi cólera abrasadora....
Leo. A sufrirla me resuelvo.
Jai. Mirad no os pese, Señora.
Leo. Yo no tengo ya temor,
quitarme mas no podeis.
Jai. Sí puedo, Doña Leonor.
Leo. Mi vida!.... Aquí la teneis,
no la quiero sin honor.
Jai. Vuestra vida, no por cierto;
mas podeis dejar de ser,
y muy pronto, yo os lo advierto,
del Rey Don Jaime, muger.
Leo. (*Que escucha con asombro.*)
Será cuando hubiere muerto.
Jai. Antes será por mi vida,
que es nulo nuestro consorcio....

ESCENA XVI.

DICHOS, EL LEGADO, *y* EL OBISPO DE GERONA. El *primero con un pergamino en la mano.*

Leg. (*Saludando al Rey.*)
Ya, Señor, está estendida
la sentencia de divorcio.
Ter. (*Aparte.*) Ya estás, Infanta, vencida.
Leo. (*Fuera de sí.*) Justicia, Dios soberano. (*Al Legado.*) ¿Quién sois vos que tal decide?
Leg. (*Al Rey.*) El Pontífice romano
concede al Rey cuanto pide.
Leo. ¿No hay quien me tienda la mano?
Jai. Moderad esa violencia.
Leo. ¿Por qué de vos me apartais?
Jai. Señora, por mi conciencia.
Leo. Don Jaime, no me engañais.
Leg. Doña Leonor, la sentencia,
y quien la firma afrentais.
Parienta en tercero grado
hallamos que sois del Rey:
sin dispensa habeis casado
y divorciaros es ley.
Leo. (*A Doña Teresa.*) Libre te queda una silla
que ocupaba sobre el trono
Doña Leonor de Castilla....
Se la ha quitado tu encono,
la has cubierto de mancilla:
ya Reina te piensas ver,
engáñate la esperanza;
quien tal hace á su muger,
con la dama bien se alcanza
lo que despues podrá hacer. (*Váse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del Alcázar de Zaragoza.

ESCENA PRIMERA.

(*El Rey sentado á una mesa acabando de leer varios papeles.—Don Pedro Coronel entra por el foro al levantarse el telon; ambos llevan traje de armas, botas y espuelas.*)

DON JAIME. DON PEDRO CORONEL.

Ped. ¿Sin dejar, Señor, la espuela
ni el polvo de la jornada,
aun tinta en sangre la espada
está Vuestra Alteza en vela?
Jai. Soy, Don Pedro, centinela,
que á estos Reinos puso Dios;
como buen soldado, vos
sabeis no puedo dormir.
Mas, ¿mandásteislos venir?
Ped. Los he avisado á los dos.
Jai. ¿Está oculta mi venida?
Ped. Mandé callarla, Señor;
mas os juro por mi honor
que la contemplo sabida.
Jai. No quisiera por mi vida.
Ped. (*Aparte.*) Tanto misterio no entiendo.
Jai. Estar oculto pretendo,
y por dos dias ó tres.
Ped. Imposible cosa es,
y ya, Señor, se está viendo.
Jai. ¿Vióme alguno? ¿pues quién fué?
Ped. Sancho, Señor, escudero....
Jai. De quien ocultarme quiero,

y ya por él no podré.
Ped. A saber, Señor, mi fé,
que el escudero importaba,
ya una torre le encerraba.
Jai. Hubiérame convenido.
Ped. Si lo mandais.... (*Yéndose.*)
Jai. (*Haciéndole seña que no con la mano.*)
Ya perdido
está lo que proyectaba.
Algun misterio profundo,
que esto encierra, maquinais,
y hasta que os lo diga, estais
el mas inquieto del mundo.
Ped. Yo, Don Jaime, el temor fundo....
Jai. Pues ¿de qué teneis temor?
Ped. Por mí no temo, Señor.
Jai. ¿Pudiérais temer por mí?
Ped. ¿Quereis que os diga que sí
Don Jaime el Conquistador?
Permitidle al celo mio
que se esplique francamente;
muévese aquí cierta gente,
de que en verdad no me fío:
en Ariza su hado impío
está la Infanta llorando....
Jai. ¿De Leonor me estais hablando?
por Dios importante cosa.
Ped. Ella ha sido vuestra esposa,
y un hijo os está criando.
Jai. Por compasion se lo dejo.
Ped. Vuestro heredero ese hijo
ha de ser, segun colijo.
Jai. Eso, Don Pedro, es ya viejo.
Ped. No desprecieis mi consejo.
Jai. Pues ¿cuál es en conclusion?
Ped. Poned freno á la ambicion,
(perdonad) de una muger,
que, de no, pudiera ser
la ruina del Aragon.
Jai. Estais, Don Pedro, entendido,
y por lo fiel os perdono
lo que subísteis el tono

en el consejo atrevido.
Ped. Mi fé, Señor, no ha querido....
Jai. Está bien: ved si el Legado
vino ya á nuestro mandato.
Ped. ¿Ha de entrar?
Jai. En el momento.
Ped. (*Aparte yéndose.*) Vive Dios, que casi siento
el haberle aconsejado.

ESCENA II.

DON JAIME.

Poner freno á la ambicion...
de Teresa habrá de ser,
que es en efecto muger
de valor y de intencion.
Cortóme su prevencion
lo que dispuse primero,
y ya ocultarme no quiero.
Esta noche me verá,
y un pretesto me dará
su mismo genio altanero.

ESCENA III.

DON JAIME. EL LEGADO.

Leg. Cuando en los campos, Señor,
de Valencia imaginaba
que á los moros fulminaba
sus rayos vuestro valor,
tan presto, ya vencedor,
dais la vuelta á vuestra Corte,
sin criados....
Jai. La Corte
de cortesanos dejé,
y á todos me adelanté.
Leg. ¿Pues hay cosa que os importe?
Jai. ¿No la ha de haber, Cardenal?
Y la sabeis á fé mia.
De que me casé en Hungría,

el agente principal
vos sois, ó me acuerdo mal;
que el Pontífice Romano
me dá esposa de su mano,
y sois su Legado vos.
Leg. En honra y gloria de Dios,
que es de todos Soberano.
Jai. Y porque el Rey de Aragon,
á quien sobran en su tierra,
sin los moros, para guerra
los grandes y su ambicion,
no ha podido, en conclusion,
acudir á la Cruzada....
Leg. Vuestra palabra empeñada....
Jai. Rescata mi casamiento,
(*Aparte.*) en el que solo consiento
porque es la Infanta estremada.
Leg. La Infanta Doña Violante,
hermana del Rey de Hungría,
mas de un Señor pretendía.
Jai. ¿Y quién conmigo arrogante
compitiera un solo instante?
El casarme me está bien:
mas no quiero que le dén
colores de beneficio
los que su propio servicio
en mi boda solo ven.
Mas esto á parte dejando,
que quien el hecho consiente,
no ha de andar impertinente
las causas examinando:
diré que venir os mando,
para deciros que en breve
llegar la Infanta aquí debe,
y en llegando he de casarme,
que pretenden estorbarme...
Leg. ¿Y quién á tanto se atreve?
Jai. En la sangre Aragonesa
osadía hay para todo.
Leg. ¿Pero, Señor, por qué modo?....
Jai. Hay una Doña Teresa,
que en verdad mi fé os confiesa,

que por mi Dama he tenido,
y no ha de verme marido
de otra muger con paciencia.
Leg. Con muy leve penitencia
está el caso remitido.
Jai. En cuanto á mí, puede ser;
mas ella, Legado, es noble,
y tal vez el duro roble
sea mas fácil de torcer.
Yo sé que se ha de atrever;
que tiene amigos no ignoro,
y quiero mas contra el moro
la fuerte lanza blandir,
que no haberla de teñir
en sangre que despues lloro.
Leg. ¿Y cómo puede mi celo
impedirlo, cuando vos....
Jai. El qne habla en nombre de Dios
y con las llaves del cielo,
puede al que vive en el suelo
persuadir muy fácilmente.
Leg. Vos os mostrais penitente,
y Dios oye al que le implora;
será bien que esa Señora
se retraiga de la gente.
Jai. A no verme precisado,
no quiero usar de la fuerza.
Leg. No humana flaqueza os tuerza:
mirad que estais empeñado.
Jai. Vivid muy asegurado
que no he de mudar de intento.
Con vos, Cardenal, ya cuento:
mas ella tiene un amigo,
de mis promesas testigo,
que vale en verdad por ciento.
Leg. Cuando os absuelva, Señor,
el sucesor de San Pedro....
Jai. Entended que no me arredro
ante peligro ó temor;
porque me sobra el valor,
aunque trate mi prudencia
de evitar la contingencia

de civiles disensiones.
Leg. Indulgencias y perdones
atajarán su violencia.
Jai. El Obispo de Gerona
es el amigo que os dije.
Leg. ¿Y ese á Vuestra Alteza aflije,
vasallo de su corona?
Mi celo, Señor, le abona....
Jai. Mirad que es hombre severo:
él viene, dejaros quiero
para que á solas hableis;
y cuenta que me aviseis,
que en mi cámara os espero. (*Váse.*)

ESCENA IV.

EL LEGADO. EL OBISPO DE GERONA.

Leg. Santo Pastor, muy sencillo,
docto en cosas celestiales,
empero en las terrenales
inocente corderillo,
en breve he de reducillo.
Obis. (*Entrando.*) Guarde Dios al sacro Nuncio.
Leg. De ventura es siempre anuncio
Don Berenguel para mí.
Obis. Vuestra lisonja renuncio.
¿Con vos estaba Su Alteza?
Leg. Y en breve aquí volverá:
¿vais á esperarle?—Eso hará
que no estorbe su grandeza
el hablar....
Obis. A mi franqueza
nunca obstáculo encontré,
Cardenal, que ó me callé,
ó dije lo que sentía.
Leg. Sentémonos. (*Se sientan.*) (*Aparte.*) A fé mia
que como empezar no sé.
(*Al Obispo.*) Vos la súbita venida
habreis del Rey estrañado.
Obis. Que dé la vuelta á su estado,
no hay causa que se lo impida.

Leg. Como no fué prevenida
esta vuelta, y con secreto....
Obis. Yo, Cardenal, os prometo
que nada de eso sabia.
Leg. (*Aparte.*) Sea verdad, ó hipocresía,
él es estraño sugeto. (*Al Obispo.*)
Viene el Rey, y vos sin duda
sabeis su objeto.
Obis. No sé,
ni quiero saberlo á fé.
Leg. Es fuerza que á vos acuda
si de confesor no muda.
Obis. El Rey de mi penitente
es un hombre diferente.
Leg. Si lo sabeis, nada importa
que os lo diga, y si no acorta
decíroslo el espediente.
Obis. Pero Su Alteza
Leg. Lo quiere.
Obis. Por obediencia os escucho.
Leg. (*Aparte.*) Es cortesano muy ducho,
ó que es un santo se infiere.
(*Al Obispo.*) ¿Qué diríais si viniere
el Rey á darle la mano
á una Dama?
Obis. Que es cristiano.
Leg. Cristiana accion es casarse,
mas debe mucho mirarse
en hacerlo un Soberano.
Obis. ¿La corona es mas que un sueño
para ante el Rey de los Reyes?
Lo mismo obligan sus leyes
al gigante que al pequeño.
Leg. Si el Rey indiscreto empeño
contrajo sin reflexion,
cumplirlo....
Obis. Es su obligacion.
Leg. Verdad en otro cualquiera;
mas de un Rey delito fuera
no atender á otra razon.
Obis. Por el Dios á quien venero,
y esta púrpura que visto,

por la ley Santa de Cristo,
en que vivo, y morir quiero,
yo os protesto que primero
que se doble mi conciencia
del trono á la conveniencia
ni á ninguna humana ley,
me deje matar del Rey
si tal fuere su violencia.
Leg. ¿Aprobais el matrimonio?
Obis. El Rey paga lo que debe.
Leg. ¿Y quién, si niega, se atreve
á prestar su testimonio?
Obis. Quien teme mas al Demonio,
que de Don Jaime al verdugo.
Leg. Mirad que estais bajo el yugo.
Obis. Sé tambien que me vé Dios.
Leg. ¿Pero el Rey no encontró en vos....?
Obis. Para el bien cuanto le plugo.
Leg. (*Aparte.*) En vano es que mas le diga.
(*Al Obispo.*) Yo daré cuenta á Su Alteza
de vuestra noble entereza,
y á cuanto el celo os obliga.
Obis. En cuanto Dios no me liga,
ligado con él estoy.
Leg. Podeis marcharos, yo voy
á su cámara.
Obis. Obedezco. (*Váse.*)
Leg. Anda con Dios, yo te ofrezco
no cansarte, por quien soy.

ESCENA V.

EL LEGADO *vá á entrar en la cámara, al mismo tiempo sale* D. JAIME.

Jai. Todo lo he estado escuchando,
nada teneis que decirme,
si se empeña en resistirme, (*Siéntase á escribir.*)
yo sabré ponerle blando.
A su Obispado le mando,
que salga sin mas tardanza.
Leg. Con eso solo se alcanza

cuanto podeis desear.
Jai. No quisiera que á engañar
se atreviese mi esperanza.
Mañana vendreis á verme. (*Hace seña, y el Legado se vá.*)

ESCENA VI.

D. JAIME.

Ahora voy á verte yo,
Teresa, por amor no,
que há tiempo que mi amor duerme,
y en breve vas á perderme:
voy sospechas á evitar;
en tus zelos á buscar,
y en tu altiva condicion
pretesto, si no razon,
para poderte dejar.

ESCENA VII.

Salon en casa de Doña Teresa.

DOÑA TERESA. SANCHO.

Ter. ¿Con que ya ha llegado el Rey?
San. Al entrar la noche vino.
Ter. Apenas puedo creerlo,
todavía no le he visto!
San. Cansado debe de estar,
que en tres meses de contino,
ni se ha quitado el arnés,
ni bajo techo ha dormido.
En las tierras de Valencia
no ha dejado á salvo sitio:
diz que en breve la ciudad
se rendirá á su dominio:
no en valde el Conquistador
le han dado por apellido.
Ter. Sus hazañas qué me importan,
si descuidada me miro.

¿Dos años há cuantas veces
llegar tú mismo le has visto
aquí de polvo cubierto,
y en sangre mora teñido?
Descansaba con mirarme;
y en su amoroso delirio,
solo á Teresa en el mundo
inclinaba el cuello altivo.

San. Perdon os pido, Señora,
mas yo de eso no me admiro,
que no hay amor tan ardiente
que no acabe por ser tibio.

Ter. Tú, Sancho, nunca has amado.

San. Perdonadme, mozo he sido,
y mi tributo pagué
como todos al Dios niño.
Tambien creí que era eterno
del amor el poderío;
vinieron luego los años,
(que nunca hubieran venido)
y con ellos la esperiencia
verdugo de esos delirios.
Creedme, Señora mia,
y no os coja de improviso
cuanto pueda suceder:
que no hay eterno cariño.

Ter. Vete, Sancho, déjame,
que estás en verdad prolijo.

San. ¿Y si volviere, Señora,
el caballero que vino
anoche, y no pudo veros....

Ter. ¿Su nombre no te lo dijo?

San. Ni aun el rostro pude verle.
mas él se nombra un amigo
de la casa de Vidaura.

Ter. Eso basta, le recibo.

ESCENA VIII.

DOÑA TERESA.

Que no hay amor tan ardiente
que no acabe por ser tibio.
Verdad dice el Escudero,
en mí lo prueba el destino:
me ví adorada cual Dios,
y despreciada me miro:
que aquel amor tan ardiente
ha acabado por ser tibio.
A una palabra de esposo
rendí incauta el albedrío:
generoso en prometer
anda en cumplir muy remiso.
Que mucho! su amor ardiente
ha llegado al fin á tibio.
Oh! mal haya la muger
que dá crédito á suspiros:
cuando estuviere rendida,
diránle, como me han dicho, (*El Conde en la puerta del foro.*)
que no hay amor tan ardiente
que no acabe por ser tibio.

ESCENA IX.

DOÑA TERESA. EL CONDE DE AMPURIAS *armado, y calada la visera.*

Ter. ¡Pues cómo aquí, Caballero! (*Viendo al Conde.*)
¿quién sois vos?
Cond. Un desterrado.
Ter. ¿De mí os habeis amparado?
Cond. Ampararos á vos quiero.
Ter. Por Dios que venís demente.
Cond. ¿Demente?.... No.... Vos lo estais.
Ter. De mi paciencia abusais,
marchad de aquí prontamente.
Cond. Para hablaros he venido:

sin hacerlo no me iré.
Ter. Sin veros no escucharé. (*El Conde se levanta la visera.*)
El Conde!!!
Cond. Al menos lo he sido.
Ter. Pues cómo Don Ponce aquí....
Cond. ¿Cuándo el Rey me ha desterrado?
En tres años que han pasado
nadie se acuerda de mí.
Marchéme huyendo de vos,
y no, Teresa, del Rey,
que no ha de darme la ley
mientras queda, vive Dios.
Ter. Reconvenirme no es justo,
que quien nada prometió
queda libre como yo
para siempre hacer su gusto.
Cond. Debiérais con vuestro nombre
tener mas cuenta, Señora.
La diadema seductora
no encubre en fin mas que un hombre.
Ter. Y debiérais, Conde, vos
no olvidar mi condicion.
Cond. Decidme vos, sin pasion,
quien la olvida de los dos.
¿De qué importó que al nacer
os diera el Cielo blasones
y riquezas, si sus dones
no os sacaron de muger?
Ter. Si vinísteis á injuriarme,
ya lo hicísteis, y sobrado.
Grande triunfo habeis logrado!
Podeis contento dejarme.
Cond. A injuriaros no he venido,
mas la pasion me arrastró;
Señora, cuanto pasó
demos ambos al olvido.
Os amé desde que os ví,
como á un ente celestial,
vos, Teresa, por mi mal
no me amásteis nunca á mí.
Cegásteis al resplandor,

que despide la corona,
si su brillo no os abona,
disculpa da á vuestro error.
Ter. Tened, Don Ponce, la lengua,
no la movais en mi daño,
ni deis crédito á un engaño
de mi honor ileso en mengua.
Cond. No me tengais por tan ciego,
que dude de lo que miro;
ni me digais que deliro,
que Don Jaime....
Ter. No lo niego.
Cond. ¿Quién os entiende, Señora?
¿Por qué primero negais
lo que despues confesais?
Mas esto no importa ahora.
El amor en que me abraso
tres años he combatido,
y constante me ha seguido
desde el Oriente al Ocaso.
Ingrata! por tí dejé
vasallos, bienes y honores,
por no verte otros amores
de la patria me alejé.
Allá en las tierras de Hungría,
combatiendo al Sarraceno,
sin este amor en que peno
no he pasado un solo dia.
Y cuando así me aborreces,
cuando sales de otros brazos
aun vengo á ofrecerte lazos
que tú tal vez no mereces....
Ter. Don Ponce, no digais mas,
yo no quiero vuestro amor;
mas tocásteis al honor,
y ya es menos lo demas.
Si á Don Jaime preferí,
pude tal vez engañarme,
pero jamás olvidarme
de lo noble que nací.
Sabed que para galan
no tuve al Rey por bastante,

los que le juzgan mi amante
que soy su esposa verán.
Hasta aquí lo tuve oculto,
lo he de hacer público y hoy:
veréis que muger no soy
que merezca tanto insulto.
Cond. Saben, Teresa, los cielos
cuanto el oiros me agrada:
con tal de veros honrada,
aunque me maten los zelos.
Pero escuchad de mi labio
un aviso, y el postrero
que así venga un Caballero,
muger ingrata, su agravio.
Conmigo salió de Hungría
la Infanta Doña Violante,
he venido yo delante....
Ter. (*Alarmada.*) ¿Y ella ha de tardar....? Un dia.
Cond.
Nadie en la Corte lo sabe,
parece que es gran secreto.
El Rey, tal vez por discreto,
calle negocio tan grave.
Ter. ¿Y es muy bella?
Cond. Por tal pasa.
¿Teneis zelos?
Ter. ¿Yo, por qué?
Cond. Señora, yo me engañé.
Ter. ¿No sabeis vos con quién casa?
Cond. Como el Rey está casado
no os puedo decir con quien,
aunque, si me acuerdo bien,
ya una vez se ha divorciado. (*El Conde saluda, y se retira.*)

ESCENA X.

DOÑA TERESA.

Escuchadme, ¿dónde vais? (*Al Conde que se vá.*)
veloz huye como el viento. (*Vuelve al proscenio.*)
Bien altivo pensamiento

en vuestros sueños quedais.
¡Será verdad, Santos Cielos!
¿Así Don Jaime me engaña?
Mas no fuera cosa estraña
que la fingieran los zelos.

ESCENA XI.

DOÑA TERESA. DON JAIME.

(*Don Jaime entra pausadamente con aspecto preocupado.—Doña Teresa le recibe entre ofendida y temerosa.—Breve pausa. El Rey se sienta.—Doña Teresa en pie á alguna distancia.*)

Ter. Bien dicen que á larga ausencia
no puede amor resistir.
Jai. Lo tengo oido decir,
y me rindo á la evidencia.
Ter. (*Aparte.*) Verdadera es su traicion.
(*Al Rey.*) ¿Qué es esto, esposo, que es esto,
airado conmigo el gesto
sin decirme la razon?
Jai. Teresa, vamos á espacio,
que callar os está bien.
Ter. ¿Pues quién me calumnia? ¿quién?
Intrigas son de Palacio:
ó tal vez Don Jaime intenta
con soñadas invenciones,
que de sus ciertas traiciones
no caigamos en la cuenta.
Jai. No os han de valer conmigo
las astucias de muger,
que cuando yo llego á ver
no he menester mas testigo.
Ter. ¿Qué ha visto Don Jaime en mi?
Amor y fé en demasía.
Jai. Tal vez Don Jaime creía
hasta ahora que era así.
Mas en resúmen, Teresa,
un hombre de aquí salió,
y le he visto salir yo.

Ter. Y vuestra queja....
Jai. Sí, es esa.
Ved si pudiera vengarme,
mas quiero ser indulgente,
y perdono á ese insolente
que se atreviera á ultrajarme.
Tambien os perdono á vos,
que muger habeis nacido,
y en venderme habeis seguido
vuestra costumbre por Dios.
Una sola condicion
os impongo irrevocable:
de vos y ese miserable
hoy mismo ha de ser la union.
Ter. ¿Así trata un Caballero
á una Dama principal?
Jai. Vos sois quien obrásteis mal,
y no peco por severo.
Ter. Si Teresa ha sido infiel,
si lo teneis por tan cierto,
¿por qué ya no la habeis muerto
y fuérais menos cruel?
¡Hablais de darle mi mano
al rival de vuestros sueños!
No puede tener dos dueños
la esposa del Soberano.
Jai. ¿Vos mi esposa? ¿Delirais?
Ter. Palabra y mano me diste.
Jai. Tú misma el lazo rompiste....
Ter. Burlarme, no; os engañais.
Jai. Teresa, yo he visto á un hombre
en tu casa, esto me sobra.
Luchar conmigo no es obra....
Ter. No hay peligro que me asombre,
y no penseis engañarme,
no por vida de los cielos,
no son, Don Jaime, los zelos
los que os mueven á dejarme.
Cansado estais de mi amor,
y ya ha tiempo que lo estais,
igual suerte preparais
á Teresa que á Leonor.

Doña Violante de Hungría
hora te rinde á sus pies,
acaso dentro de un mes
le quepa la suerte mia.
Jai. (*Aparte.*) ¿Cómo ha llegado á saberlo?
Ter. Confundido estás, ingrato,
descubierto el falso trato:
¡y yo no quise creerlo!
Jai. (*Con dignidad.*) Si me fuiste infiel ó no,
no quiero ya examinar;
pero tampoco negar
que voy á casarme yo.
Ter. ¡Casarte! Nunca, perjuro,
que casado estás conmigo.
Tu palabra ante un testigo
me has dado, que es muy seguro:
el Obispo de Gerona.
Jai. El Obispo callará,
y si habláre morirá
por la fé de mi corona.
Saben los cielos que siento
causarte tanto dolor,
pero ha cedido el amor
á mas noble sentimiento.
De estado el alta razon
me llama á nuevo himeneo,
cedo, y ahogo el deseo
que alienta mi corazon.
De Aragon, de Cataluña
tomad tierras á placer,
ó podeislas escoger
del Rosellon en Gascuña....
Ter. ¿Sabeis qué quiero de vos,
autor de todo mi mal?
vuestra mano ó el dogal,
una cosa de las dos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La segunda decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TERESA. EL OBISPO, *sentados.*

Obis. Sí, hija mia, desterrado.
Ter. ¿Y vos os vais á marchar?
Obis. Al César se le ha de dar
lo que el Cielo le ha otorgado.
Ter. ¿Y quién ha de ser mi amparo,
faltando vos, Padre mio:
Vos, Señor, en quien confío
cuanto en el mundo me es caro?
Obis. ¿Amparo vos? ¿contra quién?
Ter. Contra el Rey que me abandona.
¿Os aterra su corona
á vos, Prelado, tambien?
Obis. ¡Aterrarme! no por cierto.
Ter. Amparadme.
Obis. Sí lo haré,
que desde niña os amé,
mas como pueda no acierto.
Ter. Defendiendo la verdad.
Obis. Pues esa es mi obligacion.
Ter. Mi derecho, mi razon....
Obis. Con cuanto pueda contad.
Ter. Nunca he dudado, Señor,
de vuestra noble asistencia.
Obis. Enjugar debo en conciencia
las lágrimas al dolor.
Mas esplicaos, Teresa,
que urge el tiempo ¿qué quereis?
De los estremos que haceis,

¿cuál es la causa?
Ter. Confiesa
mi rubor que la callára
tal vez, Señor, á vos mismo,
si hasta el fondo del abismo
el callar no me llevára.
Recordaréis fácilmente
que el Rey palabra me dió
de esposo.
Obis. Lo prometió
hallándome yo presente.
Ter. De su promesa falaz,
engañado el albedrío,
hícele yo dueño mio.
Obis. Ampárala Dios de paz.
Ter. ¿Quién pensára que en un Rey
pudo caber tal engaño?
Obis. No llorárais ese daño
á observar de Dios la ley.
Ter. Enriquecí los altares;
con las limosnas he dado....
Obis. ¿Pero os habeis enmendado?
Ter. ¡Ah no aumenteis mis pesares!
El Rey se quiere casar;
sí, Señor, y no es conmigo:
yo no tengo mas testigo
para poderle acusar....
Obis. Yo depondré donde quiera
que ser vuestra prometió;
engañóse, si pensó
que su nombre lo impidiera.
Ter. Mas si marchais al destierro,
¿quién habrá que al Rey le impida,
mirándome desvalida,
que al fin consume su yerro?
Obis. Obedecer es forzoso;
pero al marchar á Gerona
mi celo no os abandona.
Ter. Todo será infructuoso.
Obis. Al Pontífice Romano
escribiré cuanto pasa.
Ter. ¿Y qué haréis si él mismo casa

á Don Jaime de su mano?
Obis. Yo haré ver al Santo Padre
la razon que en vos existe.
Ter. Y el Legado que aquí asiste
cuanto al Rey traidor le cuadre.
Obis. El tiempo dará consejo.
Ter. ¡El tiempo! Doña Violante
tal vez aquí en el instante
ha llegado en que me quejo.
Obis. ¿Qué decís? ¿será posible?
Ter. Acaso en Palacio esté,
y ya Don Jaime su fé
le ha dado. ¡Pena terrible!
Obis. Vuelo á Palacio, hija mia,
mi voz habrán de escuchar,
yo sabré en el mismo altar
impedir la union impía. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA TERESA.

Triunfamos, honor, albricias,
seré Reina de Aragon:
satisfecha mi ambicion,
¡qué me importan sus caricias!
Mas fáltame disponer
en mi apoyo fuerte lanza,
por si el Obispo no alcanza
al pérfido á contener.
¡Sancho! ¡Sancho!

ESCENA III.

DOÑA TERESA. SANCHO.

San. Mi Señora.
Ter. ¿Le encontrásteis? ¿vino el Conde?
San. Vino: esa estancia le esconde.
Ter. Venga á hablarme sin demora. (*Sancho entra, sale á poco con el Conde, y á una seña de Doña Teresa se retira.*)

ESCENA IV.

DOÑA TERESA. EL CONDE DE AMPURIAS.

Cond. Dicen que vos me llamais,
y es apenas si lo creo;
tanto le cuesta al deseo
dudar que me aborrezcais;
mas no importa, como sea,
me teneis, Señora, aquí;
mandad, disponed de mí,
con tal, Teresa, que os vea.
Ter. Caballero y cortesano
el primero de Aragon,
á quien yo tan sin razon
he pospuesto al Soberano....
Cond. No hableis en eso, Señora,
la llaga no renoveis:
decidme lo que quereis,
y eso baste por ahora.
Ter. Vos de Don Jaime una ofensa
recibísteis.
Cond. Y mortal.
Le matára á ser mi igual.
Ter. ¿Y el Conde vengar no piensa?....
Cond. No me hableis de la venganza,
que en tres años que pasaron....
Ter. Los agravios se olvidaron:
muy bien, Conde, se me alcanza.
Cond. No el agravio se me olvida;
que en pecho noble la afrenta
de tal manera se asienta,
que se borra con la vida.
Ter. Se recuerda sin sentir
la pasada sin razon.
Cond. Escuchad mi corazon,
y sentiréislo latir.
Ter. Don Jaime es grande guerrero,
pretenden que es invencible,
luchar con él es terrible
para un simple caballero.

Cond. Señora, ¿qué me decís?
¿Juzgais le tengo temor?
¿Qué he nacido sin honor,
ó cobarde presumís?
Ter. Yo no digo, ni presumo;
mas viendo herido el honor,
y del fuego del valor
no apercibiendo ni el humo....
Cond. No me he vengado, es verdad:
devoro el agravio y callo;
porque nací su vasallo,
y obligado á lealtad.
Ter. Otros nobles que nacieron
del Rey vasallos tambien,
han sabido vengar bien
agravios que recibieron.
Cond. Traidores fueron crueles
á su Patria y á su ley,
que hacerle la guerra al Rey
es lidiar por los infieles.
Si en campo raso pudiera
combatir Jaime conmigo,
es el Cielo buen testigo
de que há tiempo que lo hiciera;
y creed, Señora, vos,
que si yo agraviado callo,
es que otro medio no hallo
que pedir venganza á Dios.
Ter. Podeis enseñarme, cierto,
al enojo á poner coto:
Caballero tan devoto
acabará en un desierto.
Cond. En fin, Señora, dejemos
esta plática escusada.
¿Teneis que mandarme?
Ter. Nada.
De hoy mas estraños serémos.
Cond. Yo voy á perder el juicio
si alguno amor me dejaba.
Ter. ¡Yo necia con vos contaba!
Cond. Tenedme á vuestro servicio.
Ter. Si algun atrevido infiel,

si algun humilde pechero,
si tal vez un caballero
me hiciera agravio cruel,
pudiérais por cortesía,
y por mostrar lo valiente,
tomar atrevidamente
la demanda aun con ser mia.

Cond. Testigo sea el Eterno
de que, en teniendo razon,
seré vuestro campeon,
aun contra todo el infierno.

Ter. La razon me sobra, Conde,
si hacerla escuchar consigo.

Cond. Nombradme á vuestro enemigo.
¿Dónde está, Señora? á dónde?

Ter. Cuidad no mudeis de tono
en sabiendo donde está.

Cond. Decidme donde, y verá....

Ter. Hallareisle sobre el trono.

Cond. ¡Sobre el trono!!!

Ter. Allí, Don Ponce.

Cond. Luego es el Rey....

Ter. Mi ofensor.

Cond. Pone entre el Rey y el valor
muro el respeto de bronce.

Ter. El que agravia á una muger,
el que olvida juramentos,
quien profana sacramentos,
ni es Rey, ni lo puede ser;
pero escuchadme, ¿me amais?

Cond. ¿Si os amo? no, que deliro:
sois el aire que respiro.

Ter. ¿Ser mi esposo deseais?

Cond. (*Vacilando.*) ¿Vuestro esposo?.... no lo sé.

Ter. ¿No sabeis? ¿qué estais diciendo?

Cond. A mí propio no me entiendo.

Ter. Por los dos me esplicaré.
Quereis ser mi esposo, sí;
mas recela vuestro honor:
deponed todo temor,
porque esposa del Rey fuí.
Casó conmigo en secreto;

ya lo que intenta sabeis.
Si mi causa defendeis
daros mi mano prometo.
Cond. Si casada estais, es vano
que intenteis mudar de dueño,
si no lo estais, no es empeño
para mí el de vuestra mano.
Ter. ¡Oh necia desconfianza!
Don Jaime quiere ofenderme:
pues no casarse y perderme
le prepara mi venganza.
Impedid su casamiento,
y luego he de divorciarme;
podré entonces desposarme
con quien me viniere á cuento.
Mirad si aquesto os conviene,
os lo dejo meditar;
si sabeis, Don Ponce, amar,
muy poco que pensar tiene. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL CONDE DE AMPURIAS.

¡Muger! ¡muger! ¿dónde vás?
aclara mis confusiones:
que cuando das mas razones
se acrecienta mas y mas.
¿Qué hemos de hacer lealtad
luchando contra el amor?
¿Podrás resistirte, honor,
al poder de su beldad?
Rehusaré por cobarde
lograr lo que tanto anhelo?
¡Temor yo! pues vive el cielo
que ya medida no guarde.
Sí; combatir por mi Dama,
de ser rebelde es distinto...
¿pero qué digo? El instinto
me lleva á arder en mi llama.
Cristiano soy, aunque amante,
y vasallo, aunque ofendido....

Si la veo, soy perdido,
huyamos de ella al instante. (*Vá á salir: Don Pedro Coronel se presenta en la puerta, dos Ballesteros de Maza le acompañan, y se quedan fuera del salon, pero á vista del espectador.*)

ESCENA VI.

EL CONDE DE AMPURIAS. D. PEDRO CORONEL.

(*El primero viendo al segundo baja apresuradamente la visera, y quiere continuar su camino, mas este le detiene.*)

Ped. Deteneos, Caballero.
Cond. ¿Quién dice que no soy mas? (*Yéndose.*)
Ped. (*Deteniéndole.*) Deteneos, digo: atrás,
en nombre del Rey.
Cond. Ya espero. (*Vuelve á la escena y se cruza de brazos.*)
Ped. Quiere Su Alteza saber
si sois el que ha visto.
Cond. Sí.
Ped. Salir cubierto....
Cond. Yo fuí.
Ped. Y de noche.
Cond. En la de ayer.
Ped. Tambien quiere que digais
quién sois.
Cond. Decidle que un hombre.
Ped. Y no teneis otro nombre.
Cond. Tal vez presto lo sepais.
Ped. Ahora conviene saberlo.
Cond. Y á mí callarlo conviene.
Ped. Orgullo estremado tiene.
Cond. Será que puedo tenerlo.
Ped. No hagais al Rey resistencia,
que os pudiera mal estar.
Cond. Y pudiérale pesar
el llegarme á hacer violencia.
Ped. Vive Dios, que ya en locura,
Hidalgo, el orgullo raya.

Cond. Vos vereis que no desmaya.
Ped. Pues tema una desventura.
Cond. ¿El Rey atropella así
de sus huéspedes los fueros?
¿Se reciben estrangeros
con tales modos aquí?
Ped. ¿Luego venís!....
Cond. Con la Infanta....
Ped. Mas bajo.
Cond. Doña Violante:
tal vez Reina en este instante.
Ped. Callad por Dios.
Cond. ¿Qué os espanta?
Ped. ¿Mas cómo vinísteis vos
ayer aquí en derechura?
porque es estraña aventura
que yo no entiendo, por Dios.
Cond. Y ¿quién me pregunta?
Ped. El Rey.
Cond. Yo vine con un mensage.
Ped. (*Aparte.*) Creido sois para page.
Cond. ¿Prohibe aquesto la ley?
Ped. ¿Y direis quién os envía
á que adoreis este sol?
Cond. Un Caballero español
que he conocido en Hungría.
Ped. ¿Teneis del nombre memoria?
Cond. Si tal: el Conde de Ampurias.
Ped. Aquí le hicieron injurias,
y fué en busca de la gloria.
Pero escuchad, Caballero,
lo que Don Jaime os ordena.
Cond. Evitaos esa pena,
que yo escucharlo no quiero;
he dicho que soy estraño
á su reino de Aragon,
para hacerme no hay razon
aquí ni bienes, ni daño.
Ped. Estais bajo su dominio,
y tendreis que obedecer.
Cond. Está la cosa por ver.
Ped. Pues temblad vuestro esterminio.

Cond. Qué es lo que manda sepamos.
Ped. Que os caseis.
Cond. ¿Y cuándo?
Ped. Ahora,
que no ha de haber mas demora.
Cond. (*Con ironía.*) Pues la novia conozcamos.
Ped. ¿La novia?.... Doña Teresa.
Cond. ¿Me casa el Rey con su dama?
Ped. Y os honra.
Cond. Nó; que me infama,
si su dama la confiesa.
No me hiciera tal baldon
á no haberme yo encubierto,
que ha dado el disfraz, es cierto,
á esta afrenta la ocasion.
Vos, Don Pedro Coronel,
mirad hora quien yo soy; (*Se descubre.*)
sabreis si dispuesto estoy
para ese agravio cruel.
Ped. ¿Cómo, Conde, vos aquí?
Sabe Dios cuánto me pesa:
mas vos á Doña Teresa
¿no amábais?
Cond. Digo que sí:
digo tambien que la adoro,
mas de amor sabré morir
antes que llegue á sufrir
en mi fama algun desdoro.
Ped. (*Aparte dirigiéndose al foro.*)
Que lo sepa el Rey conviene. (*Hace seña á un ballestero, le dice algunas palabras, y este se vá.*)
Sepamos su voluntad. (*Vuelve al proscenio.*)
Cond. (*Yéndose.*) Don Pedro, adios.
Ped. Esperad.
Cond. ¿Pues quién aquí me detiene?
Ped. Sabed que me dijo el Rey
«cualquiera que el galan fuere,
ó se casa al punto, ó muere."
Y lo que él dice es la ley.
Cond. Pues al Rey decidle vos
que he nacido Caballero,

y que la muerte prefiero
á la infamia, vive Dios.
Y si á tanto me provoca
el Monarca de Aragon,
lanzas tiene mi razon
que atajen su furia loca.
Ped. Rebelde seréis....
Cond. No tal;
porque roto el vasallage,
bien puedo vengar mi ultrage
sin nota de desleal.
Por no hacerle al Rey la guerra,
años há que me ausenté;
por no injuriarle volé
á lidiar en otra tierra.
¡Y aún pretende mas de mí!
Don Pedro: no soy un santo,
y el Rey, pues me ofende tanto,
si peco, cúlpese á sí.
Ped. Metafísicas cuestiones
no me toca examinar;
ni es tiempo de ventilar
encontradas opiniones.
Mandóme el Rey: la obediencia
es mi deber solamente,
si obra acaso injustamente
se lo dirá su conciencia.

ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA TERESA.

Ter. ¿Ballesteros en mi casa
con Don Pedro Coronel?
¿Ya de tirano á cruel
el Rey Don Jaime se pasa?
Ped. No agravieis al Rey, Señora,
al menos en mi presencia.
Ter. Qué pretende su violencia.
Cond. Casaros quiere, y ahora.
Ped. Casaros con vuestro amante.
Ter. Y ese amante ¿quién es?
Cond. Yo.

Ter. ¿Y vos quereis...?
Cond. Eso nó.
Ter. ¿Llegó ya Doña Violante?
Ped. Que no vengo á responder,
á preguntar es lo cierto.
Ter. Pues á qué vengais no acierto.
Ped. A haceros obedecer.
Cond. Don Pedro, mirad qué haceis.
Ped. Cumplir con mi obligacion.
Ter. Sin atender á razon.
Ped. Vos sois la que no atendeis.
Cond. Si el Rey Don Jaime supiera
á quien de aquí salir vió,
yo os respondo de que no
su saña le persiguiera.
Ped. Por respeto á vuestro nombre,
y á vuestra escelsa nobleza,
he obrado con mas tibieza
que usára con algun hombre.
Ter. Los caballeros de ogaño
son con las damas corteses.
En nobles Aragoneses
tal proceder no es estraño.
Ped. Escuchad, Doña Teresa:
Mayordomo soy del Rey,
obedecerle es mi ley,
agrádeme ó no la empresa.
Si con vos no casa el Conde
el velo habreis de tomar;
mirad si os quereis casar;
si ser monja, decid dónde.
Ter. ¿Y quién le ha dado poder
para tanto al Rey impío?
¿Quién dice que mi albedrío
juguete suyo ha de ser?
¡Casarme! Don Jaime sabe
que sería un sacrilegio,
y no alcanza el privilegio
de Rey á culpa tan grave!
Tampoco quiero el convento,
muger soy del de Aragon;
justicia tengo y razon;

para sostenerla aliento.
Ped. Vuestro juez no soy aquí.
Ter. Mi juez ¡Don Pedro! ¡estais loco!
¿Consintiera yo tampoco
que me juzgárais á mí?
Ped. En vano luchais, Señora:
y aunque decíroslo siento,
si no os casais, al convento
os conduzco antes de una hora.
Ter. Apelo al juicio de Dios,
que estoy con el Rey casada.
Cond. Y lo sostiene mi espada.
Ped. Delirando estais los dos.
Cond. Con lanza, á pie y á caballo.
Ped. Teneos: ¿qué estais diciendo?
¿Verdad es que estoy oyendo
que reta al Rey su vasallo?

ESCENA VIII.

DICHOS. EL OBISPO DE GERONA, *apresurado y congojoso.*

Ter. Venid, venid, Padre mio,
vos me podreis defender.
Obis. (*Tristemente.*) Quisiera poderlo hacer,
mas ya en verdad desconfio.
Cond. Contad, Señor, con mi espada.
Ped. No olvideis que estoy yo aquí.
Ter. ¿Qué, vísteis al Rey?
Obis. Le ví.
Ter. ¿Y habeis alcanzado?...
Obis. Nada.
Ped. ¿Vos, ministro del altar,
de un Dios todo mansedumbre,
atizais aquí la lumbre
que debiérais apagar?
Obis. Vos estais en un engaño:
yo defiendo la inocencia;
mas no he de usar de violencia,
ni del Rey pretendo el daño.
Cond. Tomad, Don Pedro, mi guante, (*El Rey*

seguido de su guardia aparece en la puerta del foro, y escucha los versos que siguen hasta el fin de la escena.)

que yo insisto en la demanda.

Ped. Guardadlo; si el Rey lo manda
yo seré quien lo levante.

ESCENA IX.

D. JAIME, DOÑA TERESA. EL OBISPO DE GERONA. EL CONDE DE AMPURIAS. D. PEDRO CORONEL. *Ballesteros de la Guardia del Rey.*

Jai. Faltaba, Señores, yo
en tan noble concurrencia.
Parece que mi presencia
á todos os sorprendió.
No impida, Conde de Ampurias,
el hallarme yo delante,
que vos añadais un guante
á las pasadas injurias.
Arrojadlo, vive Dios,
pues ser tan osado os plugo,
arrojadlo, que el verdugo
por mí lidiará con vos.

Cond. Vuestra Alteza se ha olvidado
con el tiempo que pasó,
que el ofensor no soy yo,
y antes soy el agraviado.
Mas la demanda por mí
no intenta tomar mi brazo.

Jai. Un solo instante de plazo
os doy; salid ya de aquí.
Y válgale al atrevido,
del Rey de Hungría el seguro,
sino por él, yo le juro
que saliera arrepentido. (*El Rey le vuelve la espalda: el Conde vá á replicar: D. Pedro Coronel se lo impide, y le señala los Ballesteros.*)

Ped. (*Al Conde llevándolo, á su pesar, hasta la puerta del foro, y haciéndole salir por ella.*)
Os pierde vuestra locura,

mirad, Conde, donde estais,
lo mas seguro es que os vais,
que el tiempo todo lo cura.

ESCENA X.

DICHOS. *menos el* CONDE DE AMPURIAS.

Jai. Y vos, Teresa, ¿estais loca?
¿Olvidásteis mi poder?
¿Creeis que es fácil mover
con vuestra mano una roca?
¿No ha querido ser del Conde
esposa vuestra ambicion?
¿Qué quimera? ¿qué pasion
en vuestro pecho se esconde?
Ter. A mí no me aterrareis,
yo defiendo mi derecho,
ni temo vuestro despecho,
ni sin defensa me veis.
Jai. Defendida, mas ¿por quién?
Obis. Defiéndela su razon.
Jai. (*Al Obispo.*) Ha llegado la ocasion
que me conozcas tambien.
Marcha á cuidar las ovejas
que Dios ha puesto á tu cargo;
si te tardas, yo me encargo
de hacerte olvidar consejas.
Obis. Yo me iré donde mandais,
Señor, porque sois mi Rey;
mas tambien tengo otra ley
que es la santa que adorais.
Ella quiere que defienda
al débil contra el potente;
me manda que al inocente
mi débil mano le tienda.
Prelado soy, aunque indigno,
con mi deber cumpliré;
si lo quereis moriré,
Dios me reciba benigno.
Jai. No quiero yo haceros daño,
quiero impedir que lo hagais,

y en resúmen que volvais
á cuidar vuestro rebaño.
Ter. Quereis que deje la Corte,
mi solo, mi único amigo;
temeis Don Jaime un testigo...
Jai. ¿Qué dirá que á mí me importe?
Ter. Dirá que soy vuestra esposa.
Jai. No hará tal si fuere cuerdo.
Obis. Señor, yo sé que me pierdo,
mi obligacion es forzosa:
ante mí lo prometísteis.
Jai. Pues de olvidarlo tratad.
Obis. ¿Cómo puedo, si es verdad?
Jai. Suponed que no lo oísteis,
ó guardadlo en vuestro pecho,
porque una sola palabra
vuestra propia ruina labra,
y tal vez á mi despecho...
Obis. Yo, Señor, si aquesta dama
os suelta la obligacion....
Ter. Nunca cede mi razon.
Obis. Entonces si ella reclama...
Jai. ¿Qué hareis, Obispo? ¿qué hareis?
Obis. Rogaros humildemente.
Jai. ¿Si lo niego, finalmente?
Obis. Al Obispo escuchareis.
Yo puesto á los pies del Trono,
en nombre del Dios supremo,
os haré ver que no temo
por serviirle, vuestro encono;
y cuando vos, Soberano,
perjurando en el altar
penseis á la Infanta dar
ya seguro vuestra mano,
entonces con voz terrible
os diré: «Doña Teresa
ya recibió tu promesa."
Jai. (*Furioso.*) ¡Que tal escucho es posible!
Loco estás, huye de aquí.
Obis. Impedir debo un delito.
Jai. Huye, otra vez te repito,
ó no respondo de mí.

Obis. Prometedme no casaros.
Ter. Ved si tengo un defensor.
Jai. ¿Estais viendo mi furor,
y os atreveis á burlaros?
Si tardas un solo instante, (*Al Obispo.*)
si mas hablas en mi mengua,
el verdugo de tu lengua
me dará caucion bastante.
Obis. Diré siempre la verdad.
Jai. Callártela mando yo. (*A la Guardia.*)
Prendedle. (*Rodean al Obis. sin tocarle.*) Silencio.
Obis. Nó.
Jai. Si te osares resistir
lo guardarás en la tumba
por toda una eternidad.
Obis. Aun allí de la verdad
la voz sagrada retumba.
Ter. Don Jaime, no triunfaréis.
Jai. Lo verémos, vive Dios,
antes de mucho los dos,
quién es Don Jaime sabreis.
¡Prendedle! (*A los Guardias señalándoles al Obispo.*) (*El gefe de los Ballesteros con algunos de ellos se aproxima al Obispo, pero sin tocarle.*)
Obis. ¡Cómo! ¿á un Prelado,
sacrílego, atropellais?
Jai. Prendedle, no os detengais.
¿No basta haberlo mandado?
Obis. No basta, Don Jaime, no;
de Dios tiemblan el castigo.
Tirano os mostrais conmigo,
sumiso debo ser yo.
Decidme cual es mi encierro,
le irá á ocupar mi obediencia.
Mas temblad, vuestra conciencia
castigará vuestro yerro.
Jai. Llevadle.
Obis. No me toqueis;
no profane vuestra mano
al Obispo.... ¿Y vos, Cristiano,
que os creamos pretendeis?

¡Ah! ¡correis al precipicio!
Jai. Silencio, lengua de infierno.
Obis. Don Jaime, tormento eterno
os prepara mi suplicio.
Jai. Yo sabré hacerte callar.
Prendedle. El Rey os advierte (*A sus Guardias.*)
que le prepara la muerte
al que vacile en llegar. (*Los soldados se acercan mas al Obispo.*)
Obis. Soldados, obedeced,
y que tiemble ese tirano. (*El Rey fuera de sí echa mano á la daga, y vá á arrojarse sobre el Obispo, pero Don Pedro se interpone.*)
Jai. ¡Miserable! ¡á tal estremo!
Morirá?....
Ped. Señor, tened. (*Desde aquí hasta el fin del acto Don Pedro procura calmar al Rey, á quien la cólera tiene enagenado.*)
Obis. Anatema sobre tí,
y tus vasallos tambien,
ya que tranquilos te ven
insultar á Dios en mí.
Con negro borron tu gloria
ha mancillado tu saña,
porque tambien esta hazaña
ha de escribirse en la historia.
Haz preparar el verdugo:
Dios me ampara, nada temo,
por probarme á tal estremo
dejarte llegar le plugo.
Vivid tranquila, Teresa,
cuando el alfanje divida
mi anciana cabeza ungida,
publicaré su promesa. (*El Rey hace un gesto amenazador á los Guardias.—Doña Teresa desaparece.—Don Pedro se encamina con el Obispo y los Ballesteros hácia el foro.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Galería del Palacio de Zaragoza. Decoracion con rompimiento despues del segundo bastidor. — En el fondo (cuarto bastidor) puerta de la Capilla real que á su tiempo debe abrirse y dejar ver lo interior. — Puerta á la derecha (del actor) que es la entrada general; á la izquierda otra de la cámara del Rey, el espacio entre el rompimiento y el telon de foro es la comunicacion con lo interior del Palacio. La galería estará adornada con lujo y elegancia, é iluminada con muchas bugías: adviértense los preparativos de una gran funcion.

ESCENA PRIMERA.

D. GUILLEN DE MONCADA. D. SANCHO ANTILLON. EL COMENDADOR DE AMPOSTA (*Templario.*) D. JIMEN DE FOCES. — CABALLEROS.

Al levantarse el telon aparecen los indicados en grupos. Los demas Caballeros van entrando succesivamente todos por la puerta de la derecha quedándose unos en la primera galería y yéndose otros á pasearse entre el rompimiento y el telon del foro.

Monc. Caballeros, yo no sé
si estamos en Morería.
Foc. Dudarlo se puede á fé.
Comend. ¿Quién viendo al hijo diría
que tuvo padre tan santo?
Ant. ¿Y que Aragon sufriría
y callára agravio tanto?
Comend. La culpa es vuestra, Señores,
y á la verdad que me espanto
que sufrais tales horrores
cuando cansa su violencia

á esos pobres moradores...
es ya caso de conciencia
tolerar tanto desdoro;
mengua es aquí la paciencia.
Monc. ¿Con qué objeto contra el moro
vuestro valor se ejercita,
si aquí le pierde el decoro
á Dios, Don Jaime y le irrita?
Foc. Callad, Señores, por Cristo.
Ant. El pueblo clama y se agita.
Foc. En que es bien dejarlo insisto.
Reparad en donde estamos.
Comend. Ya, Foces, lo tengo visto.
Monc. Hora aquí nada arriesgamos,
bien podeis estar seguro.
Ant. Nadie escucha lo que hablamos.
Comend. Y la espada en todo apuro...
Foc. Una palabra imprudente
perdernos puede, lo juro.
Recordad cuan brevemente
fué el de Ampurias desterrado:
sabeis que severamente
al Obispo ha castigado.
Comend. De muerte al Santo Pastor
sacrílego ha amenazado.
Foc. Prudencia, sino temor
os inspire tal ejemplo.
Monc. Y hora intenta su furor
tal vez profanar el templo.
Ant. ¿Provocar al Papa así?
imposible lo contemplo.
Comend. Pues no me sorprende á mí.
Monc. Ni á mí, vive Dios, tampoco.
Foc. Tener tal lenguaje aquí
es empeño ciego y loco. (*Se separa y pasa á la segunda galería.*)
Ant. Ni él está, ni Coronel;
de los otros temed poco.
Comend. Don Pedro... Tan bueno es él...
Monc. Otro tanto que su dueño.
Ant. Ello, en verdad, es cruel
mirarnos en tal empeño.

Comend. El Legado le excomulga
y no desarma su ceño.
Monc. Que hoy se casa el Rey promulga
y magüer que excomulgado
diz que confiesa y comulga.
Ant. No habrá cura ni prelado
que le dé la absolucion.
Comend. Las iglesias se han cerrado
y la plebe su intencion
de revelarse no oculta:
ya maldice esa ambicion
que hasta al Papa mismo insulta.
Si el fuego prende, al tirano
tal vez hoy mismo sepulta.
Monc. ¿Y Doña Teresa?
Ant. En vano
la ha mandado el Rey buscar.
Comend. Guay si la alcanza su mano...
Ant. Ella acertóse á escapar.
Cuando al Obispo prendieron
no la han podido encontrar
por mas que lo pretendieron. (*Foces pasa apresuradamente de la segunda á la primera galería, y llegándose á ellos dice:*)
Foc. Señores, Don Pedro viene. (*No lo oyen.*)
Que es Don Pedro. (*Sepáranse.*) Ya me oyeron.
Comend. Algo nuevo se previene. (*Sepárase.*)
Ant. De mal agüero es el hombre. (*Idem.*)
Monc. Yo no sé lo que se tiene (*Idem.*)
que no me gusta ni el nombre. (*Estos anteriores cuatro versos con rapidez y repartiéndose por la escena.*)

ESCENA II.

DICHOS. D. PEDRO CORONEL *de gala.*

(*Don Pedro entra por el foro derecho. Los Caballeros de la segunda galería le hacen plaza y le saludan, él contesta á todos. Despues entra en la primera siguiéndole los Caballeros. Echa una mirada investigadora sobre los cuatro Infanzones como para reconocerlos, y ellos procuran componer el semblante de manera que nada pueda penetrar de su intencion.*)

Ped. (*Aparte al entrar en la primera galería.*)
Si aquestos no conspiraban
será cosa que me asombre:
aquí solos conversaban...
(*Saludándoles.*) Infanzones... Caballeros...
Qué será lo que tramaban?
Ant. (*A Foces.*) Favoritos altaneros!
Ped. Que hay nobleza en Aragon
verán hoy los estrangeros.
En tan solemne ocasion
cumplir de nobles la ley.
Comend. ¿Sabremos con qué intencion
nos hizo llamar el Rey?
Ped. Tal vez quiere que le asistan
los mejores de su grey.
Monc. A soldados que se alistan
se les dice para qué.
Ped. (*Con frialdad.*) Los que no quieran resistan
á Don Jaime.
Foc. (*Aparte.*) No lo hará.
Ped. (*Con mucha frialdad.*)
Si place á los Infanzones,
que si place, yo lo sé,
ver de armados escuadrones
la militar apariencia;
tendrán pocas ocasiones
de ver tantos, en conciencia,
como en el Coso hallarán

que llegaron de Valencia. (*Sensacion general.*)
Trescientas lanzas verán
de lo mejor de esta tierra
que acostumbradas están
por los moros á la guerra,
y por el Rey, mi Señor,
á no acatar en la tierra
mas que solo su valor.
Hay tambien Alumgavares,
Salvages, mas con honor,
que no tienen otros lares
que los campos de batalla.
De peones á millares,
tanta gente viste malla
que temo que no ha de haber
para todos vitualla.

Monc. (*Ap. al Comendador.*) ¿Qué haremos?
Comend. (*Ap. á Moncada.*) Obedecer.
Monc. Solo por curiosidad
he pretendido saber...
Ped. (*Friamente.*) Ya sé vuestra lealtad.
Foc. Quien dudará de la nuestra.
Ped. Injuria fuera en verdad,
teneis dada tanta muestra.
Ant. Mi fé conoceis sin duda.
Ped. Es, Antillon, como vuestra.
Comend. Calla mi lengua, por ruda,
mas mi celo es conocido.
Ped. La buena obediencia es muda.
El Rey está persuadido
que todos aquí le acatan. (*Pasando la vista por la concurrencia.*) Si hubiere algun atrevido
ya sabrá como se tratan
en su Corte desleales,
aunque todos no se matan,
mas gentes tan principales
no han menester este aviso,
que siempre fueron leales.
Foc. (*Ap. á Antillon.*) De amenaza tiene viso
el consejo. ¿Qué decís?
Ant. (*Ap. á Foces.*) Soldados tan de improviso!
Monc. (*Aparte al Comendador.*)

No hay remedio?
Comend. Ya lo oís.
Ped. (*Aparte.*) La intencion no será santa,
pero callais y sufris.
Un Portero. (*Dentro: derecha.*)
Plaza á la Señora Infanta.
Otro Idem. (*Dentro: izquierda.*)
Plaza, plaza al Señor Rey.
Ant. (*Ap. á Foces.*) ¿Qué es esto?
Foc. ¿Pues qué os espsnta.?
Nos tiene bajo su ley.

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE, EL LEGADO *y su acompañamiento por la puerta derecha.* — D. JAIME *por la de la izquierda, ambos de gala.* — D. PEDRO, *los Infanzones, Caballeros, Eclesiásticos, Pajes, Damas, Escuderos, Guardias que entran por el foro derecho y se colocan en el fondo.* — *Los Caballeros se dividen en los dos lados del Teatro, quedando en primera fila los Infanzones. Al presentarse el Rey y la Infanta se descubren é inclinan. Dos Reyes de armas, uno con las de Aragon y otro con las de Hungría en el Tabardo, son los primeros que entran en la escena: sigue un Portero; á éste algunas Damas y despues el Legado del Papa dando la mano á la Infanta Doña Violante, á quien siguen Pajes, Escuderos y algunos Eclesiásticos de la comitiva del Legado.* — *D. Jaime se adelanta hasta la puerta.*

Jai. Perdóneme el claro Sol
de vuestro rostro divino
si no he salido al camino
á gozar de su arrebol.
Vuestro esclavo me confieso,
mas átanme aquí cadenas
que aunque doradas, apenas
podreis alcanzar su peso.
Lástima tengo á la Hungría,
Señora, porque os perdió,
que si mucho imaginó

halla mas la fantasía.
Vio. Mucho debo á mi ventura
en pareceros tan bien:
pero amantes ojos ven
aun no habiéndola hermosura.
Jai. Al miraros la belleza
mis ojos idolatraron;
y tal vez me revelaron
del tesoro la riqueza:
mas hora que os llego á oir
tan entendida y modesta
fuera injuria manifiesta
no acabarme de rendir.
Vio. La que así de lejos viene
destinada á vos, Señor,
de agradecer vuestro amor
licencia es claro que tiene.
Forzosa razon de Estado
dispuso este casamiento,
mas nunca mi pensamiento
mejor lo hubiera encontrado.
Jai. No mas digais, mi Señora,
que á veces mata el placer.
Vio. Es forzoso obedecer.
Jai. ¿Al esclavo que os adora?
Mas de tan larga jornada
será bien que descanseis
hasta que allí me jureis (*Señala á la Capilla, los Infanzones se miran unos á otros.*)
ser mia, Violante amada. (*La presenta la mano.*)
Vio. (*Tendiendo la suya.*)
En todo os debo obediencia. (*Echan á andar hácia el foro. Entran en la segunda galería, salen por el foro izquierdo. Las Damas y Pajes siguen á la Reina.*)
Jai. Señora, tanta humildad
no sienta á vuestra beldad.
(*Al Legado.*) Esperad, corta es mi ausencia.

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* DOÑA VIOLANTE, &c.

(*El Rey la ha acompañado y los Infanzones le han seguido con D. Pedro Coronel, pero todos vuelven inmediatamente al proscenio.*)

Jai. (*A los Caballeros.*) Doña Violante de Hungría
que aquí vió vuestra atencion
será Reina de Aragon
antes que luzca otro dia.
(*Seña para que se retiren.*)
Caballeros, dad lugar,
y dentro volved de un hora;
podreis á vuestra Señora
la mano humildes besar. (*Los Caballeros salen por la puerta derecha. Los Eclesiásticos le siguen.*)
Señor Legado, vos nó.
Retirad los Ballesteros. (*A D. Pedro que vá á ejecutar la órden y el Rey le detiene.*)
¿Llegaron ya los arqueros?
Ped. Sí, Señor, todo llegó.
(*Seña del Rey para que se retire. D. Pedro se vá por la segunda galería, foro derecho, con los Ballesteros.*)

ESCENA V.

D. JAIME *se pasea meditabundo.* EL LEGADO *contempla al Rey con inquietud. El Rey se para enfrente del Legado y clavando en él la vista, con espresion de mal reprimido enojo, le dice:*

Jai. Ya en fin Doña Violante aquí ha venido
¿y con quién, Cardenal? quién la acompaña?
Sois vos... nunca os creí tan atrevido
que burlárais así mi justa saña,
cómo! quien fulminára el anatema

sobre el Rey de Aragon arrojo tiene
de ponerse á su vista! Audacia estrema,
á que ejemplar castigo se previene.
Leg. Si escuchar se dignára Vuestra Alteza...
Jai. El tiempo vuela, Cardenal, sed breve.
Leg. Señor, el pueblo entero, la nobleza...
Jai. Sujeta tengo ya su furia aleve.
Leg. El hijo del Católico Don Pedro,
que al Papa le rindiera vasallaje...
Jai. Ante ese nombre amado no me arredro,
al yugo que él labró yo me sustraje.
Leg. La Cristiandad, Señor, horrorizada
á un Obispo ultrajar con yerro y lengua.
Jai. (*Interrumpiéndole.*)
Quisieran mas la Magestad hollada?
no pude consentir tamaña mengua;
acusarme es injusto de severo
pues vive aun y sin lesion ninguna.
Leg. Entonces, gran Señor, no desespero
que un medio de concordia la fortuna...
Jai. Si puede haberle, mas de vos depende,
teneis para pensarlo breve plazo:
ó la respuesta la discordia enciende,
ó anuda de la paz el roto lazo.
Leg. Cuanto alcance mi leve poderío...
Jai. Todo se alcanza, Cardenal, queriendo:
el anatema levantad.
Leg. No es mio.
Jai. ¿Pensais que por ventura no os entiendo?
Cuando aquí con la Infanta venir osa
el Legado del Papa, trae su bula,
el Pontífice pide alguna cosa,
y en cambio el breve de entredicho anula.
Leg. El Padre de la iglesia que me envia,
límite á su piedad poner no sabe,
y benigno tal vez perdonaría
de lo ocurrido aquí la culpa grave,
si el Rey....
Jai. ¿No os dije yo? las condiciones
que impone, ¿cuáles son? Decidlas luego.
¿Tributos?
Leg. No se venden los perdones.

Jai. Cuidad de avivar la llama al fuego.
Leg. Señor, del Rey de Reyes soy ministro,
y la iglesia no teme humano esfuerzo.
Jai. ¡Ay de vosotros, si la lanza enristro!
Leg. De mármol soy, (*Aparte.*) si al miedo me fuerzo.
Bien podeis á placer con férrea mano
aniquilar á un hombre sin defensa;
pero pensad tambien que sois cristiano,
y es la venganza del Señor inmensa.
Del gremio de los fieles escluido,
solo el temor contiene á los vasallos;
un Faraon, Don Jaime, un tiempo ha habido
y el mar tragó sus lanzas y sus caballos.
Si estais (y perdonadme) en vuestro asiento,
si aun sois obedecido, si os acatan,
es, Señor, que han prestado juramento,
y en Roma tales nudos se desatan.
Jai. La vida os salva, que os escucho solo.
El razonar dejemos importuno.
Si naciera á reinar en otro Polo,
os fio no me hablára así ninguno.
Levantar la censura es lo importante,
que yo me he de casar antes de una hora;
si os negais, Cardenal.... dije bastante.
Qué condicion poneis, decid ahora.
Leg. Del Santo Padre de la Iglesia Nuncio
á Vuestra Alteza vengo delegado.
Jai. Al hecho, al hecho, basta ya de anuncio.
Leg. Para vos este pliego me ha entregado. (*Dále un pliego, que el Rey toma y mira con atencion.*)
Jai. La Bula.... ya conozco vuestras mañas,
forzoso es verla, y verla con despacio,
porque ha de contener cosas estrañas.
Cardenal, no salgais de este Palacio. (*Entra en su cámara.*)

ESCENA VI.

EL LEGADO.

Hijo de un Rey á Roma tan sujeto,
¿Y seguirá Don Jaime impenitente?

No, mi Dios, por tu gloria me prometo
que humille al polvo la indomada frente.

ESCENA VII.

DICHO. D. PEDRO CORONEL *apresuradamente.*

Ped. ¿Su Alteza no estaba aquí?
Leg. En su estancia retirado...
Mas venís acongojado....
Ped. No tal. (*Entra apresuradamente en la cámara del Rey.*)
Leg. ¿Qué le aqueja así? (*Quédase meditabundo.*)
(*En la puerta de la derecha aparecen Sancho y el Portero primero. El Legado les vuelve la espalda.*)

ESCENA VIII.

EL LEGADO. SANCHO. EL PORTERO. (*Al paño.*)

Port. Aguardad, que hay aquí gente.
San. Yo aguardaré, no temais.
Port. Pesado por Dios estais.
Ay de mí, si alguno os siente. (*D. Pedro en la puerta de la cámara del Rey.*)
Ped. Entrad, Señor Cardenal,
que quiere hablaros Su Alteza. (*Entra el Legado con D. Pedro.*)

ESCENA IX.

SANCHO. EL PORTERO.

San. Vamos, que es mucha fiereza.
Port. Si no puedo: ¡hay cosa tal!
San. ¿Descontentas á un amigo
por tan grande frusleria?
Port. No es nada la niñería.
¡A la Capilla!... pues digo.
San. ¿No sabes que son mugeres?
hoy me ha llegado una hermana

curiosa como Aldeana,
y se le antoja ¿qué quieres?
Port. A los mismos Infanzones
la entrada se prohibió.
San. Vamos, vamos, que sé yo
portarme en las ocasiones. (*Le dá un bolsillo.*)
Mi hermana me está esperando;
voy por ella en un momento.
Port. ¿Qué hemos de hacer? lo consiento,
que siempre pequé de blando.
San. Mas cortesano Portero
que tú, no es fácil hallar. (*Vase por la derecha.*)
Port. Soy de buen acomodar,
sobre todo por dinero.

ESCENA X.

(*Despues de una muy breve pausa, entra Sancho con Doña Teresa cubierta de un manto muy largo y bastante espeso, para que no sea conocida.*)

DOÑA TERESA. SANCHO. EL PORTERO.

San. (*Aparte á Doña Teresa.*)
Bien tapada estais por Dios.
Ter. (*Aparte.*) ¡Ambicion cómo me tienes!
Port. Acaba, Sancho, ¿no vienes?
San. Ya estamos aquí los dos.
¿Entramos en la Capilla?
Port. No puede ser por ahora.
Que callada es la Señora.
San. Tú hablador á maravilla.
¿No entramos?
Port. Sí; mas despues.
San. ¿Y hora nó?
Port. Por causa grave.
San. ¿Pues cual?
Port. No tengo la llave.
San. Pesada la burla es.
Ter. (*Ap. á Sancho.*) ¡Con que ha de ser imposible!
San. Esperad. Con que....
Port. Ocultaros

es primero que esplicaros.... (*Ruido dentro.*)
El Rey.... andad que es terrible. (*Doña Teresa dice algunas palabras al oido á Sancho, quien dejándola con el Portero, sale por la puerta de la derecha: Doña Teresa y el Portero se retiran á la segunda galería apresuradamente, y desaparecen por el foro de la izquierda.*)

ESCENA XI.

DON JAIME. DON PEDRO. EL LEGADO.

Jai. Es sagrada mi palabra.
Leg. Dios tocó ese corazon.
Jai. Está bien, no perdais tiempo.
Leg. Como gustáreis, Señor. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON JAIME. DON PEDRO.

Jai. ¡Imposible me parece!
¿Tal pasa viviendo yo?
Ese pueblo que temblaba
mi nombre como el de Dios,
esos nobles de quien supe
poner á raya el furor:
porque á un viejo que me ofende
le pongo en dura prision,
¿rebeldes alzan el grito?
Esto explicádmelo vos.
Ped. Es un Obispo el anciano
que prendísteis, gran Señor,
y el pueblo mira ultrajada
en ello la Religion.
Jai. ¡Los menguados! una muerte
cometerán cada sol,
y porque prendo á un Obispo
me gritan ¡Profanacion!
Atropellan el respeto
del que á mandarlos nació;
y guerra impía le mueven

á su natural Señor....
Hasta en mis propios soldados
prendiera la rebelion.
Ped. Ninguno el grito rebelde
de los hombres de armas dió.
Jai. La cabeza le costára
al que le diera traidor.
Ped. Mas consintieron que el vulgo
alce atrevido la voz.
Jai. Yo doblaré la rodilla
ante el altar, mas por Dios
que al levantarme, del fuego
que abrasa mi corazon,
aniquilarán los rayos
á quien á Jaime insultó.
Ped. Mas tarde podreis vengaros,
cuando aplacado el furor
que enciende ahora en sus pechos,
no encontrarle en la prision....
Jai. Pague luego con la vida
el que las puertas le abrió.
Ped. No se encuentra al carcelero,
perdióse en la confusion,
que si el pueblo le encontrára
le matára allí, Señor.
Porque no hallando al Obispo
imaginan que murió:
y que el puñal, ó el veneno.
Jai. ¡Qué mal conocen quien soy!
En la plaza le matára
á la claridad del sol,
si mi justicia quisiera
matarlo.—¿Quién le salvó?
Ped. Imposible averiguarlo,
á mi entender, es por hoy.
El tiene tantos amigos....
Poderosos muchos son,
y el oro lo alcanza todo.
Jai. ¿Y de Teresa?
Ped. Burló
su secreto mis pesquisas;
continuándolas estoy.

Jai. Pues si llegais á prenderla,
en estrecha reclusion
la poned sin que la vea. (*Por la puerta de la derecha entra el segundo Portero; inmediatamente el Legado y siguiéndole los Eclesiásticos; saludando al pasar al Rey se dirigen á la Capilla, que abre el Portero, y entran todos. —El Rey contempla á los que pasan con preocupacion.*)

Ped. (*Señalando la Capilla.*)
¿Y estais resuelto, Señor?

Jai. A todo por humillarlos,
os lo juro por quien soy.
Estos al cabo se escudan
del santo nombre de Dios,
y yo haré ver que si cedo
es por él, por ellos nó.
Levantado el entredicho
yo recobraré mi honor:
Corred, Don Pedro, la Corte
aquí convoque un pregon,
y haced que en tanto se inquiera
quien el motin provocó:
su cabeza sobre un tajo....

Leg. (*En la puerta de la Capilla.*)
Os esperamos, Señor.

Jai. Don Pedro, el pregon; la Infanta. (*D. Pedro por la derecha. — Seña de D. Jaime al Legado, y este vuelve á entrar en la Capilla.*)

ESCENA XIII.

DON JAIME.

¿Será verdad que soy yo
el que tanto aquí se humilla?
¿Así su nombre mancilla
quien nunca al miedo cedió? (*D. Pedro entra por la puerta de la derecha, atraviesa el Teatro, pasa á la segunda galería, y se vá por el foro derecho.*)
¿Me rindo á los hombres?.. Nó:

y he nacido al fin Cristiano....
El hombre, no el Soberano
se postrará ante el altar.
Yo despues sabré probar
que aun tengo el cetro en mi mano. (*D. Jaime entra en la Capilla. Al propio tiempo entran por la puerta de la derecha los Caballeros y Damas, por el foro derecho servidumbre de Palacio. Sancho entra con los Caballeros, ocultándose entre ellos. Doña Teresa siempre con manto. Algunas dueñas de Palacio lo llevarán tambien. Caballeros, Damas y criados entran en la Capilla. Las puertas quedan abiertas, y el forillo representa el muro lateral de la Capilla, cuyo altar se supone colocado á la derecha del espectador, por manera que los Caballeros presenten el costado derecho. La Capilla parece llena. — Doña Teresa y Sancho se quedan los últimos. — Al ir esta á entrar, seguro de que nadie le observa, Sancho la detiene y conduce al proscenio. — Durante la escena siguiente ambos interlocutores observan cuidadosamente todas las entradas.*)

ESCENA XIV.

DOÑA TERESA. SANCHO.

San. Albricias, Señora mia.
Ter. ¡Albricias, Sancho! ¿de qué?
San. El pueblo se ha sublevado.
Ter. Y la nobleza.
San. Tambien.
Han allanado la torre,
prision de Don Berenguel.
Ter. En libertad el Obispo....
¿A dónde está?
San. No lo sé.
Ter. Corramos á averigua rlo.
San. Señora, el paso teued:
no le hallaron en la Torre.
El pueblo entiende que el Rey

en secreto le matára.
Ter. Sí; le habrá muerto el cruel.
Y no tengo otro testigo....
San. ¿Ya la esperanza perdeis?
Los nobles tienen cabildo,
á su amparo os acoged....
Ter. Yo queria presentarme
entre la Infanta y el Rey,
cuando en sacrílego lazo
unidos pensáran ser;
y ya que mas no alcanzase,
hacerles probar la hiel
que hoy amarga mi existencia.
San. ¿Que es mejor no conoceis
que el auxilio de sus brazos
los Infanzones os den?
Ter. Sí; que si mas no consigo,
venganza al menos tendré.
¿Qué importa arriesgue la vida
quien ya ha perdido un laurel?
Vamos, Sancho, mi presencia
podrá ese fuego acrecer.
San. Ya vienen, vamos, Señora,
¡ay de vos, si alguno os vé! (*Váuse por la derecha.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO CORONEL. DOÑA VIOLANTE, *y su acompañamiento.*

Ped. Sí, Señora, está Su Alteza
haciendo la paz con Dios;
tan fausto agüero preside
á la suspirada union.
El iris sois de estos Reinos,
la paz os deben á vos.
¡Que mucho que un Angel sea
mensagero de tal don!
Vio. Plegue á Dios que pueda siempre
feliz hacer con mi amor
al Rey mi esposo y mi dueño,
y á su Reino de Aragon.

Esto le ruego postrada....

Jai. (*Dentro.*) A los hombres no, es á Dios. (*Rumor en la Capilla.—Los que están en la escena vuelven la vista hácia ella.*)

Vio. Ved, Don Pedro, que ha ocurrido
que promueve tal rumor? (*Don Pedro entra en la Capilla, habla á vista del espectador con alguno de los Caballeros, y vuelve despues á la escena.*)

Ped. Leyendo estaba el Legado
la bula de absolucion;
el Rey de hinojos postrado
ante el altar la escuchó;
mas oyendo que del Papa
ha de implorar el perdon,
esclama con voz de trueno:
«á los hombres no, es á Dios.'
El Cardenal se suspende,
empero el Rey le miró
y sigue la ceremonia.
Esto es todo en conclusion.

Vio. Se humilla como Cristiano,
mas de que es Rey se acordó.

Ped. Nunca desmienten sus hechos
á Jaime el Conquistador.
Ya en breve ha de terminarse,
segun pienso, la funcion,
y á Vuestra Alteza por Reina
saludará nuestro amor.

ESCENA XVI.

DICHOS. EL REY. — EL LEGADO.—*Caballeros.—Pages, &c. que salen de la Capilla, y se colocan en ambas galerías, de manera que por el centro del escenario puedan pasar el Rey y el Legado. Cuando estos salgan al proscenio, se cierra el semicírculo. — El Rey y el Legado en la puerta de la Capilla.*

Leg. El Pontífice Romano
levanta la excomunion,

que la justicia á estos Reinos
del Vaticano lanzó. (*Bajan al proscenio.*)
El Rey hizo penitencia
implorando su perdon.

Jai. Cardenal, lo tengo dicho.
Lo he pedido solo á Dios.
A él solo debe humillarse
el Monarca de Aragon.
(*A Violante.*) Y vos, Señora, en quien cifra
su dicha mi fino amor,
venid á hacerme dichoso.

Vio. Al prometer ante Dios
consagrarme á la ventura
de vos, mi esposo y Señor,
mas que la lengua, Don Jaime,
hablará mi corazon.

Jai. El instante venturoso
no lo retardemos, no.
Felices son hoy mis pueblos,
pues que tal Madre les doy. (*El Rey hace seña.—El Legado entra en la Capilla.—Siguen Don Jaime y Violante, Don Pedro y todo el Acompañamiento.—La escena queda un instante sola.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE DE AMPURIAS, *armado.* EL OBISPO DE GERONA, *cubierto con una gran capa.*

Cond. Pues bien, si os place al martirio correr;
con vos quiero morir.

Obis. Hazaña loca.
Yo lo debo á mi estado, á mi conciencia.

Cond. Tambien de honrado mi valor blasona.

Obis. Volveos, aun es tiempo, no os han visto.
Ya la fé de vasallo teneis rota:
sin ofender al Rey, debeis, ó Conde,
defender vuestras tierras y persona.
Mi consejo seguid; no hagais que llore
vuestra muerte.

Cond. Prelado, ¿qué me importa

vivir un dia mas en la amargura?
Cuando, apenas, Obispo, hará seis horas
pudo el oro romper vuestras cadenas,
quise salvar un alma generosa,
á Ampurias conduciros, con mi acero
defender vuestra vida.—Si malogra
vuestro celo mi intento: si os espone
á una muerte, tal vez lenta, afrentosa,
yo no os quiero dejar: no, lo repito,
el Conde os seguirá cual vuestra sombra.

Obis. Bien, lo consiento: es digna vuestra mano
de ayudarme á acabar tan santa obra.

Cond. ¿Y qué hacer pretendeis? ¿por qué saliendo
del santo Monasterio que hasta ahora
de albergue nos sirvió, venís, Obispo,
donde Don Jaime sus venturas logra?

Obis. A impedir esa union que se prepara.

Cond. ¿Quién de ese tigre las pasiones doma?

Obis. No le injurieis: la cólera le arrastra,
y entonces ni á sí mismo se perdona;
mas luego calma la razon su afecto,
y las desdichas que ha causado llora.
Yo voy, le imploraré; vencerlo espero
si un solo instante puedo hablarle á solas.

Cond. Iré con vos.

Obis. No hagais por vida mia,
agravios le traereis á la memoria.

Cond. Escuchadme: y si es tarde....

Obis. No es posible;
están cerradas las Iglesias todas.

Cond. ¿No conoceis al Rey?

Obis. Bien le conozco.
¿Pensais que el entredicho osado rompa?
Aquí esperad.

Cond. Espero.

Obis. Al punto vuelvo.

Cond. Si tardais, yo entraré.

Obis. No hagais tal cosa.

(*Entra en la cámara del Rey.*)

ESCENA XVIII.

EL CONDE.

¡Santo Pastor! su celo vá á perderle:
Sabe apenas que llega á Zaragoza
la Infanta y vuela, y sin temor la rabia
del terrible Don Jaime aquí provoca. (*Rumor dentro, á la derecha, de muchos pasos, voces bastante á lo lejos.*)
¡Cuál rumor, si es el Rey, venga si quiere!
así terminan mis desdichas todas. (*Pasa á la segunda galería.*)

ESCENA XIX.

EL COMENDADOR. FOCES. ANTILLON. MONCADA. DOÑA TERESA. SANCHO, *entran por la derecha.* EL CONDE *en la segunda galería.*

Ter. (*Misteriosamente á los Infanzones.*)
Sí, Caballeros, á una dama ofende,
al pueblo Aragonés su yugo agovia,
de humillar á los nobles Infanzones
Don Jaime, sin reparo, aquí blasona;
y á un Ministro de Dios, crímen horrendo,
la vida... (*El Obispo sale de la cámara del Rey. — El Conde se acerca á él. — Los Infanzones le contemplan con terror y asombro. — El Conde de Ampurias desde el principio de la escena ha observado cuidadosamente del grupo que forman los Infanzones con Doña Teresa, mas no pudo oir su conversacion.*)

ESCENA XX.

DICHOS. EL OBISPO.

Ter. Cielos! se alzará su sombra!
Obis. Estraño error vuestros sentidos turba.
En vida estoy: ilesa mi persona.

Ter. ¿Pues cómo en la prision no os encontraron?
Obis. Mis cadenas, Teresa, fueron rotas
por este Caballero. (*El Conde se alza la visera.*)
Foc. El Conde, amigos!
Obis. ¿Y el Rey? ¿no me direis? yo vengo ahora
de su estancia.
Anti. ¿No está?
Obis. Nó.
Ter. Soy perdida,
tal vez en este instante se desposa.
Obis. ¡Pues cómo! el entredicho...
Cond. Levantado
debe estar.
Obis. ¿Es posible?
Cond. ¿Qué os asombra?
¿No os dije yo que al Rey nada detiene?
Ter. Amparadme, Señores, amparadme;
impedid esa union nefanda, odiosa. (*Corriendo á la Capilla.*)
¡Ah! no será mientras yo viva: nunca.
Si no quereis venir, iré yo sola. (*Vá á entrar en la Capilla. El Obispo y el Conde van á seguirla: las puertas se abren. Don Jaime dando la mano á Doña Violante aparece en el dintel. Teresa retrocede, dando un grito de desesperacion, el Obispo y el Conde la reciben en sus brazos.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. EL REY. DOÑA VIOLANTE, *acompañamien to, guardias.*

Jai. La Infanta Doña Violante
es ya Reina de Aragon. (*Doña Teresa dá un grito, y cae en los brazos del Conde: Don Jaime vuelve la cabeza y reconociéndola dice:*)
A lo pasado perdon;
pero guarda en adelante.

(*Cuadro general.*)

FIN.